

# CUNDILA

Iván Molina Jiménez







*Iván Molina Jiménez*

# CUNDILA



CR863.4  
M772c

Molina Jiménez, Iván  
Cundila / Iván Molina Jiménez. --  
1.ed. - San José, C.R.: Varitec, 2002.

86 p. ; 22 cm.

**ISBN 9977-965-76-5**

1. Literatura costarricense - Novela. I. Título

Primera edición: 2002.

Ilustración de portada y contraportada: *Páginas Ilustradas*. San José, No. 74, 1 de enero de 1906, p. 1200.

© Iván Molina Jiménez.

Apdo. 1478-4050. Alajuela, Costa Rica; email: [ivanm2001@hotmail.com](mailto:ivanm2001@hotmail.com)

Prohibida la reproducción total o parcial Todos los derechos reservados Hecho el depósito de ley.

## ÍNDICE

### Primera Parte CAPITOL SOUHT

1	
LALSA 2000	9
2	
TIRANUBICUS REX	11
3	
ÍNDICE, T. IV	15
4	
LINDA	19
5	
SOMBRERITOS	23
6	
MARAVILLAS	27
Segunda Parte	
FRAGMENTOS	
7	
ESPEJOS	33

8		
FUGA		35
9		
EPÍSTOLA		37
10		
DUDA		41
11		
ENCUENTRO		43
12		
UNA IMPRENTA		45
Tercera Parte		
BÚSQUEDAS		
13		
520		51
14		
EPAMIMONDAS		55
15		
CONTRA LA TIRANÍA		61
16		
INVENTARIO		63
17		
OLGA		67
18		
E-MAILS		77
Créditos		85

PRIMERA PARTE  
CAPITOL SOUTH





1  
LALSA 2000

**L**a primavera empezó tímidamente en el 2000. Todavía a finales de marzo, la temperatura máxima apenas alcanzaba los doce grados y, solo por excepción, los árboles lucían una promesa de follaje. La desnudez de sus ramas le daba un tono de desolación a los días, faltos de sol y condenados a una perpetua llovizna, que se deslizaba monótonamente por los cristales de las ventanas. Desde el coqueto balcón de mi cuarto, ubicado en el octavo piso, podía vislumbrar a lo lejos el Capitolio, disuelto –como el sueño imperial que una vez tutelara– en la neblina del amanecer.

Perezosamente, la ciudad apenas despertaba, y a esa hora, parecía gentil y apacible, con sus amplias aceras y avenidas casi desiertas. La tranquilidad que se extendía ante mis ojos contrastaba con la de San José donde, el día anterior, 22 de marzo, mientras yo volaba de Miami a Washington, se produjeron varios enfrentamientos entre la policía y quienes se oponían al “combo” del ICE. El más violento, según lo que vi después en CNN, ocurrió en la Fuente de la Hispanidad, cuando una brigada antimotines “sofocó” una manifestación pacífica de estudiantes y trabajadores universitarios que entonaban la “Patriótica Costarricense”.

Entre el asombro y la preocupación, le perdí el gusto a la Tecate que tenía al lado, colocada sobre una mesita de mimbre. Las imágenes que veía por televisión, envueltas en una nube de

gas lacrimógeno, me devolvieron, en un instante, treinta años atrás, al 24 de abril de 1970. En vísperas de irme a Lovaina a iniciar mis estudios de doctorado en literatura, y durante las protestas contra ALCOA, fui debidamente “bautizado” por los antimotines de esa época, graduados en la célebre “Escuela de las Américas”. Absorto en mis propias evocaciones, la fatiga del vuelo me cayó de pronto y, casi sin darme cuenta, me quedé profundamente dormido.

La razón oficial por la que me encontraba en Washington era para asistir al XX Congreso de la Latin American Literary Studies Association (LALSA), donde presentaría una ponencia titulada “La voz de los exiliados centroamericanos en el *Repertorio Americano* (1921-1938)”. Este era el primer producto del proyecto que, por entonces, yo dirigía en el Centro de Investigación Cultural Interdisciplinaria (CICI) de la Universidad de Costa Rica (UCR), institución que graciosa y generosamente me autorizó viáticos y un permiso con goce de salario para asistir a ese afamado evento académico.

El desventurado jesuita, Malagrida, decía que la palabra le fue dada a los seres humanos para ocultar su pensamiento; sin duda, tenía razón. El verdadero motivo por el cual yo estaba en Washington no era para participar en LALSA XX (lo cual efectivamente hice, me apresuro a aclarar, para evitarle una desilusión a mis perpetuos detractores), sino para explorar, en directo, una vieja biblioteca costarricense que, un día ya muy distante, fue trasplantada –como una flor sin esperanza– de los contornos aldeanos y transparentes del Pirro a los alrededores cosmopolitas y sinuosos del Potomac.

Los exiliados del istmo, aparte de utilizar las páginas del *Repertorio* para atacar a las dictaduras que un día forzaron su destierro, publicaron numerosos folletos con ese mismo propósito. El caso del abogado guatemalteco José Landívar es un ejemplo típico: en 1933, a sus 23 años, imprimió un opúsculo titulado *Un gángster del trópico*, en el que acusó a Ubico de ser el jefe del crimen organizado que operaba en la capital de su país, y proporcionó abundantes datos sobre el saqueo adicional del tesoro público efectuado por los parientes y colaboradores del tirano.

Fácilmente el texto de Landívar hubiera alcanzado la condición de *bestseller*, pero una pronta acción de la policía secreta ubiquista lo impidió, al confiscar toda la edición, cerrar la imprenta y someter a tortura al dueño del taller y a los operarios, en un afán terapéutico por ayudarles a olvidar el contenido del folleto y reincorporarlos, ya curados de su desliz político, a la sociedad. El oportuno aviso de un familiar, que ocupaba un elevado cargo oficial, le permitió al joven escritor exceptuarse de un tratamiento tan poco digno para alguien de su condición social, y escapar por tierra a El Salvador, de donde se dirigió, vía marítima, a Costa Rica, a bordo de un buque apropiadamente llamado “El Libertario”.

El gobierno de la “Suiza centroamericana”, en vista de la presión conjunta y eficazmente organizada de las legaciones de

Guatemala y Estados Unidos, envió un pelotón de policías democráticos para impedir que Landívar desembarcara en Puntarenas. El joven abogado, falto de dinero y desesperado, amenazó con suicidarse antes que proseguir a Panamá, donde ya se sabía, gracias a una oportuna denuncia que publicó el periódico comunista *Trabajo*, que los dueños del Canal lo esperaban con una orden de arresto y la documentación lista para deportarlo a las cárceles de Ubico.

Los *deux-ex-machina*, que abundan en novelas y películas, a veces abandonan las comodidades de la ficción y se dejan caer por la tierra. El acongojado pasajero de “El Libertario” tuvo la suerte de toparse con uno: el cónsul francés en San José, monsieur Éluard, había sido compañero del padre de Landívar en la Sorbonne. Este viejo diplomático se reunió en secreto con las altas autoridades nacionales y astutamente les improvisó un discurso jacobino basado en 1789, en el cual afirmó que el derecho de asilo era una conquista más de la Revolución y una pieza clave en la lucha de la Ilustración contra el oscurantismo católico, denostó a la “civilización” dolarizada de los yanquis, presagió un brillantísimo futuro para el país dada la calidad de la raza costarricense (“le peuple blanc de l’Amérique Central”) y, finalmente, comparó a Costa Rica con Francia.

El brindis de “¡Vive la France!” con que concluyó esa curiosa reunión fue el preámbulo del desembarque de Landívar en Puntarenas, bajo la protección de Éluard y con el compromiso solemne de que, durante su estancia en el país, no atacaría al gobierno del Señor Presidente Ubico. Por supuesto, lo primero que hizo el joven asilado fue incumplir su promesa, ya que el mismo día que se instaló en San José fue contactado por la junta directiva de la Asociación Clandestina de Exiliados Centroamericanos (ACECA) con el fin de editar, otra vez, el folleto que le fuera confiscado en Guatemala.

Landívar aceptó encantado la propuesta, pero ahora, con más experiencia, y aconsejado por el cónsul Éluard, varió el título del opúsculo a *Tiranubicus Rex*, y lo publicó bajo un pseudónimo. El alias que utilizó fue “Sans-culotte”, con el cual firmó,

*Cundila*

entre 1933 y 1934, una docena de artículos periodísticos y tres folletos más, impresos por la tipografía Lloveras. Los primeros los localicé sin esfuerzo en el *Repertorio Americano*, la célebre revista que el profesor y escritor Joaquín García Monge editara en San José entre 1919 y 1959. Y los segundos los descubrí al consultar el *Índice bibliográfico de Costa Rica*, elaborado por el profesor Luis Dobles Segreda.



3  
ÍNDICE, T. IV

La verdad sea dicha, mi persona, al igual que casi todos los estudiosos de la literatura costarricense, había oído que existía ese *Índice*, pero nunca lo había consultado. ¿Por qué? No lo sé, aunque supongo que ese desinterés tenía su origen en que la prosa de Dobles Segreda no es de mi agrado, con excepción parcial de las crónicas que publicó bajo el título de *Por el amor de Dios*; y en que, a diferencia de Roberto Brenes Mesén, José María Zeledón o Rubén Coto, don Luis no fue una figura controversial, y siempre se comportó en la vida pública con un acentuado conservadurismo.

Víctima de mis propios prejuicios estéticos e ideológicos, me aproximé al *Índice* tardíamente, con escasas expectativas y únicamente para satisfacer a mi asistente de investigación, una muchacha oriunda de San Luis de Santo Domingo, quien tenía casi tres meses de decirme que debía consultar la bibliografía elaborada por Dobles Segreda. La primera vez que lo hice, elegí un tomo al azar, que resultó ser el cuarto, el dedicado a la literatura. Lo abrí sin mucho entusiasmo, empecé a ojearlo y, de pronto, me sentí como el Colón de *El arpa y la sombra* antes de romper el alba del 12 de octubre, con la mirada fija en una costa misteriosa, que prometía estar llena de increíbles asombros y riquezas.

El amplio conocimiento que siempre creí tener sobre la literatura costarricense del período 1880-1914 se vio súbita e

inesperadamente disminuido, al desfilar ante mis ojos decenas de textos cuya existencia ignoraba. Los días posteriores fueron para mí similares a los que vivió Galileo con su telescopio en la Florencia del siglo XVII (claro está, antes que la Inquisición le enseñara los “instrumentos” piadosos utilizados por sus “especialistas” para defender la fe, estimular confesiones y salvar almas). Me bastaba abrir cualquier tomo al azar para realizar todo tipo de descubrimientos sorprendentes, de simples curiosidades cotidianas (el *Reglamento de bañistas de las aguas termales de Cartago*, de 1921) a los vínculos insospechados que unían, al comenzar el siglo XX, a los políticos liberales con los intelectuales de izquierda.

Puedo ya, gracias a la distancia apropiada que me ofrecen los años transcurridos desde que me topé con el *Índice*, valorar en su debido contexto la paciencia franciscana que tuvo Dobles Segreda para elaborar su catálogo de todo lo publicado sobre Costa Rica, ya fuera impreso en el país o en el extranjero; para clasificar sistemáticamente tales materiales según su tema o su género; para lograr que la casa Lehmann le editara, entre 1927 y 1936, nueve de los doce tomos previstos; y para tratar de conseguir una copia de todos esos libros, folletos y artículos para su biblioteca personal, por sí sola, un verdadero tesoro.

La profunda admiración que sentí por la vasta empresa intelectual acometida por don Luis, se opacó un poco después, al enterarme que, en 1943, él vendió su invaluable colección bibliográfica a la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Las peores sospechas de la teoría del imperialismo cultural vinieron entonces a mi cerebro; pero, al final, me convencí de que, en cierto grado, esa transacción fue providencial, ya que preservó, aunque fuera a miles de kilómetros de Costa Rica, un “capital” que, en su lugar de origen, hubiera corrido el riesgo de ser despilfarrado y reciclado.

Constaté en persona el precio cultural de esa preservación cuando, luego de examinar a fondo el *Índice*, elaboré un listado de 43 folletos publicados por los exiliados centroamericanos en las décadas de 1920 y 1930. De ese total, únicamente logré

*Cundila*

localizar tres en Costa Rica: dos en la Biblioteca Nacional y uno en una colección privada. Por eso, al presentarse la ocasión de viajar a Washington, no la iba a desaprovechar, y solicité permiso para, una vez terminado el Congreso de LALSA, permanecer una semana más en la capital imperial, dedicado a actividades de investigación. Y así, el lunes 27 de marzo del año 2000, pocos minutos antes de las nueve de la mañana, me bajé, feliz como un ogro que sabe que ya tiene atrapada su presa, en la estación de metro de Capitol South.



**L**os tres jóvenes policías destacados en la entrada trasera de la Biblioteca del Congreso –exclusiva para el ingreso de investigadores– duraron casi un siglo en inspeccionarme, y una vez que estuvieron seguros de que yo no escondía un artefacto nuclear de bolsillo, el más alto me indicó que pasara a la sala de inscripción de los nuevos lectores. El letrado decía “Please, seat-down and click”, de manera que yo me senté frente a la tercera computadora y apreté el botón derecho del “mouse”. El disco duro del aparato carraspeó un poco, la pantalla se encendió y una voz de mujer cibernética dijo:

–Good morning. Welcome to the Library of Congress. Please, choose the language.

Seleccioné la de Cervantes, no la de Shakespeare, para verificar si la invisible mujer cibernética era bilingüe; y en efecto, lo era, ya que con un ligero acento cubano me indicó:

–Por favor, coloque en su sien izquierda el censor azul que está sobre el escritorio.

Vacilé un poco ante lo que prometía ser una escandalosa intromisión imperial en mis circuitos cerebrales, pero dado que no tenía otra opción, cumplí con lo que se me ordenaba. La computadora pareció alegrarse.

–¡Muchas gracias! Me llamo Linda y estoy aquí para guiarlo en el proceso de inscripción. Digite cuidadosamente cada respuesta.

–¿Nombre?

–Froylán.

–¿Apellido?

–Figueroa.

–¿Nacionalidad?

–Costarricense.

–¿País de origen?

–Costa Rica.

–¿Raza?

–Blanca

La pantalla de la computadora parpadeó tres veces y Linda fue sustituida por su superior, ya que una cortante voz varonil, casi de acero, me señaló en un inglés bostoniano:

–If you are latin american you are hispanic, NO WHITE. Please, delete the last answer.

Procedí con lo indicado, y Linda regresó con su acento evocador de las palmeras de Camagüey (aunque admito que, muy probablemente, ella únicamente conocía las de Miami)

–¿Edad?

–55 años.

–¿Ocupación?

–Profesor.

–¿Estado civil?

–Viudo.

–¿Tiene usted otros parientes en Estados Unidos?

–No.

–¿Lugar de trabajo?

–Universidad de Costa Rica.

–¿Dirección en Estados Unidos?

–García Lorca Lodge. Pennsylvania Ave. 1015.

–¿Dirección permanente?

–Sabanilla de Montes de Oca, del Mall 3000, un kilómetro y medio al este, condominio “Flor de Primavera”, a la par de “Madre Teresa University”.

–¿Correo electrónico?

–froylánf.cariari@ucr.ac.cr

—¿Fue o es usted simpatizante de la Alemania Nazi?

—No.

—¿Pertenece o perteneció usted a alguna organización comunista?

—No.

—¿Fue o es usted miembro de algún grupo terrorista?

—No.

—¿Ha realizado usted actos en contra del gobierno o las empresas de Estados Unidos?

—No.

Me asusté al ver cómo la pantalla parpadeaba otra vez. Quizá el censor acababa de detectar mi mentira y, en cuestión de segundos, me vería descubierto como un participante en la protesta contra ALCOA. Pero, a Dios gracias, solo se trataba de un breve lapsus del disco duro. La voz de Linda, al formular la próxima pregunta, me pareció casi tranquilizadora:

—¿Tiene usted intenciones de dañar o robar la propiedad de la Biblioteca del Congreso?

—No.

—¿Jura usted cumplir con lo que dispone el reglamento interno de la Biblioteca del Congreso?

—Sí.

Linda hizo una pausa y, en el borde derecho de la pantalla, se encendió una pequeña luz verde.

—Mire fijamente.

Obedecí sin replicar y, en un segundo, mi rostro llenó casi toda la pantalla; sin embargo, no pude contemplarme durante mucho tiempo.

—Sonría, por favor.

Bajo esas incómodas circunstancias, fabriqué la mejor sonrisa posible, y un clic disimulado me indicó que mis datos personales y mi cara acababan de ser ingresados al cyberspacio imperial, y agregados a los de otros cientos de millones de personas a las que jamás conocería.

—Firme aquí, por favor.

Con sumo cuidado, tomé el lapicero láser y estampé mi firma sobre una alfombra en miniatura de cristal líquido. Un minuto después, tenía en mi mano la identificación que me acreditaba como lector y me autorizaba a ingresar a las salas de investigación de la Biblioteca del Congreso.

La voz de Linda adquirió un tono casi sensual cuando me quité el sensor y, sin esperar a que me levantara de mi asiento, me dijo:

–Thank you very much. Have a nice day.

–You're welcome –le contesté.

5  
SOMBRERITOS

**L**a División Hispánica de la Biblioteca del Congreso recibe a sus visitantes con un impresionante óleo del célebre artista ecuatoriano C. Acevedo llamado “Ayacucho”. La pintura me evocó “La quema del mesón”, el famoso cuadro de Enrique Echandi que los liberales costarricenses de finales del siglo XIX anatematizaron por representar al héroe nacional, Juan Santamaría, como un mulato, vestido con la indumentaria de un campesino, sangrante, con la mirada perdida y el rostro dominado por un gesto indigno de su proeza.

—¿May I help you?

Afortunadamente, no era uno de los combatientes del óleo de Acevedo el que me preguntaba, sino el bibliotecario a cargo de la sala. Era pequeño y grueso, con un bigote muy tupido, ojos negros, una fisonomía casi árabe, una voz seca y terminante, y un inglés británico.

—I hope so —contesté.

Lentamente, me acerqué al mostrador de caoba, y el tipo, sin cruzar palabra y con una actitud hierática, me extendió el libro de registro, donde anoté la fecha, la hora de ingreso, mi nombre, mi dirección y el propósito de mi visita. Al empezar a escribir esos datos, hice una observación providencial. El lapicero que tenía en mis manos decía: “Propiedad de la Biblioteca del Congreso”, luego aparecía el logo del Capitolio, y encima de este, había un dibujo, cuidadosamente elaborado, que me

pareció tan familiar como increíble. Miré fija y directamente a los ojos escrutadores del funcionario imperial que tenía enfrente, y le dije:

–Bonito sombrero.

El bibliotecario perdió su flema británica y soltó una carcajada, irreverente y desafiante, que estremeció la División Hispánica. No era para menos. La figura sobre el logo del Capitolio era el sombrero de Sandino.

–¡Chocho! Sofoníaj de la Selva, para servirte –me dijo, con un acento inconfundible, y me extendió la mano.

–Mucho gusto, Froylán Figueroa, de Costa Rica.

Hijo único de un tipógrafo leonés que enviudó joven, Sofonías ganó en 1967 una beca del gobierno mexicano para estudiar sociología en la UNAM, pero solo estuvo tres meses en México, ya que se enamoró de una francesa comunista, con la que se fue a París y participó en mayo 68. Permaneció casi dos años en Francia, trabajó como empleado en una librería, se casó con su novia y se divorció a los pocos meses (“vivimoj máj juntoj sin casarnoj, que casaoj”) Y en 1970, con una nueva compañera sentimental, “la Graciela”, (una catalana de padres californianos) se instaló en Londres y volvió a casarse.

Jamás retornó a Nicaragua, ya que de Londres pasó a San Diego y luego a Washington, donde su esposa consiguió trabajo como abogada de una organización pro derechos civiles. Siempre fue un antisomocista declarado (uno de sus tíos fue desaparecido por la dictadura en 1965) y se identificó sincera y profundamente con la revolución sandinista de 1979. Fue, incluso, uno de los fundadores de “Peace and Democracy for Central America”, una organización que, aparte de canalizar alimentos y medicinas para las víctimas de la guerra en el área, jugó un papel muy activo en las manifestaciones contra la política militarista de la Casa Blanca en el istmo y su apoyo incondicional a la Contra.

–Vieraj voj que esoj comemierda del FBI y la CIA ya me tenían fichado, y hasta llenaron un file especial con mi vida y milagroj en Londrej y Parij. Pero no pudieron botarme de aquí.

Trej vecej trataron loj hijueputaj, y laj trej la Graciela se loj pasó por el culo.

Decepcionado sin duda del curso político de Nicaragua en la década de 1990, Sofonías creía, sin embargo, que los logros de la revolución no podrían ser borrados fácilmente, por más que lo intentaran los “tachigordoj” y “gordomanej” de la peor calaña. Y confiaba en que, en un futuro cercano, un renovado movimiento sandinista volvería a esparcir las semillas de la esperanza y la justicia en la patria de Darío. Entretanto, él reafirmaba su fe en esa expectativa y su vocación anti-imperialista al dibujar, en los sitios más inverosímiles de todo Washington, sombreritos como el del lapicero (dos días después, al cerrar la Biblioteca del Congreso, visité el National Air and Space Museum, y descubrí uno, cerca de la compuerta, en la cápsula del Apolo 11).

Sofonías no era pariente de Salomón (“soy de una mejor selva”, me dijo), pero también era poeta. Publicó bastante en revistas culturales de izquierda en la década de 1970, y cuando su padre vino a vivir con él, en 1977, le trajo de regalo una compilación de sus poesías, patrocinada por el “Círculo de Escritores Leoneses Joaquín Pasos”, con un título inevitable: *Poemas de un ausente*. La edición, numerada, constaba de cien ejemplares, bellamente impresos. El que tengo en mi biblioteca personal, autografiado y dedicado, es el número 91.

La conversación con Sofonías, que empezó a las 9: 51 de la mañana, terminó casi a las once de la noche, en un “bar and grill” mexicano llamado “Zapata@3615.com”, donde el poeta acabó de contarme sus aventuras europeas y estadounidenses, entre vívidas evocaciones del León de su niñez y adolescencia y emocionadas rapsodias de “Margarita está linda la mar”. Me dejó en su 4x4 en la puerta de mi lodge y, al despedirnos, me prometió que, al día siguiente yo podría ingresar a las bóvedas de la División Hispánica y consultar, por mi propia cuenta, la colección de Dobles Segreda.

–Voj soj el segundo tiquiyo que viene a consultar esta chochada en maj de veinte añoj.

*Iván Molina Jiménez*

—¿Quién fue el primero?

Sofonías cerró sus ojos brevemente antes de contestarme con un aire de misterio:

—Una tiernita, trej añoj atraj.

6  
MARAVILLAS

S ofonías deslizó su tarjeta de seguridad por la cerradura de la puerta, y luego digitó su clave personal: 18-05-1895.

La bombilla colocada sobre el marco de acero cambió de rojo a verde, y ante mis ojos apareció un laberinto de estantes colmados de libros que subían y bajaban, daban peligrosas vueltas en u, y se retorcían como serpientes. La intensa luz blanca que bañaba toda la sala era casi cegadora y, por un instante, temí que el venerable e intimidador Jorge da Burgos, después de examinarme con ojos capaces de traspasar todas las sombras excepto su propia oscuridad, me impidiera el paso.

—Vení por aquí.

Subí por una estrecha escalera de caracol que nos condujo a una acogedora terraza, en la que había un escritorio, una silla de cuero crudo, una computadora conectada a la red de la Biblioteca y a una impresora láser, una fotocopidora, una ventana en forma de óvalo desde la que se podía ver el Obelisco, un fuerte olor a libro viejo que me hizo estornudar varias veces, y una puerta misteriosa.

—¡Salud!

—Gracias.

La llave que Sofonías extrajo de su bolsillo parecía la del cofre de un pirata, dada su forma y su tamaño; pero se valió de ese instrumento para abrir la puerta que estaba a un lado del escritorio y, con una alegre sonrisa, me invitó a pasar. El espacio

era diminuto, quizá de tres por tres metros, con las paredes forradas en estantes de madera.

—Ej toditica tuyitica.

Celebré el juego de palabras de mi anfitrión, en tanto dejaba que mis ojos vagaran de aquí para allá, entre gruesos y pesados tomos, empastados en todos los colores imaginables y ordenados numéricamente. Sofonías se despidió de mí para volver a su puesto, no sin antes darme su clave de acceso para que usara, a discreción mía, la computadora y la fotocopidora. Le agradecí otra vez y, con un cuidado que me sorprendió a mi mismo (parecía que fuera a tocar un objeto sagrado), extendí el brazo y alcancé un tomo cualquiera.

La primavera comenzó, en los días siguientes, a derramar su verdor por todas partes, pero yo casi no me dí cuenta ya que, como un monje burocrático, pasaba en esa discreta terracilla de 9 de la mañana a 5 de la tarde, con breves interrupciones para almorzar e ir al baño. Lo primero que hice fue buscar los folletos escritos por mis exiliados, los cuales localicé en los tomos en que Dobles Segreda indicó que estarían, y en el curso de esta labor, un descubrimiento inesperado alteró los latidos de mi corazón (perdón por esta frase típicamente telenovelesca, pero es una descripción exacta de lo que me ocurrió).

Don Luis, una vez “terminado” su *Índice bibliográfico*, añadió títulos adicionales a su biblioteca personal, los cuales empastaba en tomos nuevos, o los agregaba a los ya numerados que todavía tenían espacio para insertar una obra más. Por tanto, con solo abrir uno de esos volúmenes, me encontraba de frente con libros y folletos que nunca fueron indexados (entre otros, localicé dos textos desconocidos de los escritores comunistas Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas, los cuales cometí el error de prestárselos a un historiador alajuelense, quien los editó sin decirme una palabra y se atribuyó públicamente el mérito de haberlos descubierto, pese a que jamás ha puesto, como diría Sofo, “un jodido pie en Washington”).

La colección de Dobles Segreda resultó ser así una verdadera feria de maravillas: aquí, tenía la crónica de un zapatero

alajuelense que afirmaba haber sido hipnotizado por su patrono para que votara por Ascensión Esquivel en 1901; allá, una novela de ciencia ficción, publicada por el doctor Carbell en 1911, en la cual, los trabajadores municipales, al remover los escombros de una casa cartaginesa destruida por el terremoto de 1910, descubrían los restos de una nave espacial; acá, las actas de las sesiones de la Sociedad Espiritista de Costa Rica de los años 1919-1925, con un anexo de los espíritus invocados; y acullá, un folleto de 1930, en el que fue incluido el expediente de divorcio de la pareja [omito identificarlos por respeto a sus descendientes], con una detallada descripción de los abusos físicos y psicológicos a que fue sometida la esposa por uno de los “barones” del café.

Pese a mis deseos, el calendario y el reloj no dejaban de marcar los días y las horas y, como el personaje de la canción, me sentía próximo a enloquecer. Al tiempo que acumulaba kilos de fotocopias, en un intento desesperado por llevarme lo más que pudiera, procuraba revisar, tomo por tomo, un 20 por ciento, por lo menos, de la colección de Dobles Segreda. Mi última visita fue el viernes 31 de marzo, ya que a la mañana siguiente tomaría el vuelo de Washington a Miami, y de allí a un país todavía convulso por las amplias protestas populares contra el “combo”.

—Mirá voj, resultaron bravojoj loj tiquiyoj —solía decirme Sofo cada mañana.

—Eso parece —le contestaba yo con una sonrisa que no lograba disimular mi inquietud.

El viernes al mediodía, durante el “lunch” en la cafetería de la Biblioteca, Sofo me dijo que él y la Graciela deseaban invitarme a cenar a su casa para despedirme. Acepté encantado y esa noche pasé una agradable y entretenida velada. Lo único que me incomodó fue un persistente remordimiento de conciencia —agravado por los Flor de Caña oscuro que me tomé— motivado por la represión estricta a que sometí mi lengua para no contarles un sorprendente hallazgo literario, el cual hice a las 4:15 de la tarde.



SEGUNDA PARTE  
FRAGMENTOS





“**P**rofundamente impresionado por su estilo, tan sencillo como poético. La leí de un tirón durante la tarde del sábado pasado, y la volví a leer otra vez el domingo. Mi esposa me dijo que nunca me había visto tan absorbido por una novela, y es cierto. Mi principal preocupación no es que se publique, sino la reacción que podría generar. Nuestra literatura, hasta ahora, no ha superado la edad de la inocencia y está desprovista de esa sensualidad abierta que uno encuentra en las obras de un Balzac, un Zolá o un Wilde.

Particularmente, le aconsejaría que elimine del primer capítulo la escena en que Cundila, en vísperas de su boda, se encierra en su cuarto, y empieza a desnudarse lentamente, se mira ‘en el espejo de cuerpo entero empotrado en el tocador, orgullo de toda familia campesina próspera’, cierra los ojos y sueña – despierta– que José Blas, ya curado y alegre, está allí, a su lado. Incluso yo, que me considero hombre de mundo, no puedo evitar escandalizarme un poco cuando leo ‘y entonces deslizó su mano derecha entre sus senos y se figuró que era la de su José Blas, quien la acariciaba con fuerza, y hasta podía sentir su aliento, cargado de deseo, como adelanto de un beso que no tardaría en... a veces conviene... la intensidad dramática en aras de la aceptación de...’

Costa Rica es un país muy católico y, lamentablemente, los curas tienen todavía –y esto usted lo sabe mejor que yo– mucha

influencia entre las gentes sencillas del campo y la ciudad. Por eso, temo que, si usted mantiene esa escena, y en especial la siguiente, donde Cundila imagina cómo se estremecería su cuerpo cuando José Blas la convierta en mujer, su novela sería calificada de inmoral. No puedo más que pensar en lo que escribiría en *El Orden Social* una sotana como Valenciano de un libro como el suyo, y lo que se diría en el púlpito de cada iglesia al calor del sermón dominical. El fanatismo religioso, como nos consta a todos los que somos librepensadores, una vez desatado, no se puede detener fácilmente, por lo que, aparte de ponerse en situación peligrosa usted, puede comprometer la... de su familia y...

Acuérdese de lo que le pasó a Roberto por sácalas. Pese a que sus amigos se lo advertimos una y otra vez, se empeñó en publicar la ‘Profecía’ en Semana Santa. Después... y los curas organizaron quemas públicas de sus libros, lo excomulgaron a él, a la esposa, a las hijas y hasta las sirvientas de la casa, y al final éramos Cotito, Sibajita y yo los que le comprábamos el diario clandestinamente porque los comerciantes no le querían vender nada... y si no fuera porque el go[bier]no dispuso que un piquete de policías lo acompañara cada vez que iba a dar sus clases al Liceo, no hubiera podido ni siquiera salir de la casa, que también estaba custodiada por temor a que sus... cumplieran la amenaza de incendiársela.

...parte, desde que Aquileo publicó sus ‘Concherías’ es ya casi inevitable imaginar que los campesinos costarricenses son inocentones, a veces un poco pícaros, pero siempre dispuestos para el trabajo duro, fieles a... respetuosos de las autoridades y temerosos de Dios. Por supuesto, un médico de pueblo como yo, con varios años de tratar a las gentes del campo, sabe que estos rústicos no son como los pintan los poetas de San José, y que... y los amores apasionados no son desconocidos... y los turnos, pese a su carácter formalmente piadoso, cumplen la función de una verdadera feria matrimonial, y... se puede ver a los jóvenes en cortejos voluptuosos. Pero, de nuevo...”

8  
FUGA

“C reo que es la parte mejor lograda de la novela. Confieso que me encantó el ‘suspense’ de toda la escena. Casi podía ver a Cundila salir discretamente del lecho nupcial, tras retirarse los padrinos, con la excusa de prepararle un último guarapo a su esposo. Y sin que él se diera cuenta, mezclar con el trago el bebedizo adormecedor que, a escondidas y durante la fiesta posterior al casamiento, la india Chon preparó ‘con base en una receta milenaria... de una memoria... pueblo... que sobrevivió a la conquista y a la evangelización’... y eso es extraordinario.

Me imagino a Cundila, sentada al pie de la cama donde yace, ‘en profundo sueño, Sebastián Solano, delgado, tieso y lampiño’. Y frente a ella, el ‘espejo turbio de una vieja cómoda desgastada por el abandono’, en el que contempla, por última vez, sus largas trenzas, las cuales corta despacio y con delicadeza, sin poder evitar que las lágrimas escapen de sus ojos y corran por sus mejillas. La oigo suspirar cuando baja la mirada y ve su bella cabellera esparcida por el piso de pochote, iluminada por un rayo de luna que se cuele por la ventana... un apropiado sím[bolo] de su ruptura completa y definitiva con la vida sencilla y alegre de fresca muchacha campesina que... hasta hacía poco tiempo.

Después, la veo abrir cuidadosamente la puerta del cortijo, dejar que las sombras de la noche resalten más la profunda

palidez que domina su rostro, y susurrar, casi sin romper el silencio, ‘Chon, Chon’. Y la india, que espera escondida en el bosque, se acerca despaciosamente, como si fuese a un entierro, con una bestia aperada y le dice: ‘!Ay mi niñá!’; antes de echarse a llorar al ver a Cundila sin las trenzas que, desde que era una niña, ella tantas veces peinara, mientras la entretenía con el cuento de la ‘Cococa’.

Oigo a Cundila contener el llanto, y apurar a la criada para que la ayude a quitarse el vestido de boda que Sebastián Solano le compró en San José, en la tienda de don Maurilio; y ‘una vez libre de ese traje que la esclavizaba, meterse en la ropa de uno de los peones que laboraba en las tierras de su padre’. Y así, disfrazada de varón, montar la yegua que le trajo Choncita y dirigirse a la casa de Panizo a recoger a José Blas, y sin importar la condición en que estuviera, proponerle que se marcharan juntos, ‘a cualquier parte, a trabajar en lo que fuera. Y si él no quería, se iría sola, porque estaba dispuesta a agotar hasta la última de sus fuerzas con tal de no verse condenada a vivir una vida que no había escogido.’

... y todos cuantos me conocen saben que no soy una persona muy emocional. Los médicos, que estamos siempre tan cerca de la tragedia y el dolor de los demás, no podemos permitirnos eso, y debemos proceder siempre con base en los dictados de la ciencia. Pero –le confieso– casi se me hizo un nudo en la garganta cuando imaginé a Cundila, momentos antes de montar la yegua, despedirse de Chon, con uno de esos adioses que, ya se sabe, son definitivos. Y entre sollozos, ‘darle a la india una carta para que, esa misma noche, la dejara sobre la mesa del comedor, con el fin de que su padre, apenas rayase el alba, se enterara de su fuga y de las razones y sentimientos que... a desafiar... la familia y la Iglesia.’ Verdaderamente me parece que es de lo mejor que...”

“**Y**a que me gusta pensar de mí mismo como feminista. El que me inició en esto fue William Davidson, leal amigo y generoso compañero de estudios. Él fue uno de los primeros que se asoció a la ‘Male Electors’ League for Women’s Suffrage’, que se fundó en Londres en 1897. Y fue gracias a su influencia que yo me integré al ‘Men and Women’s Club’, donde conocí a varios de los más destacados intelectuales británicos de esa época... Simpatizo con las luchas sufragistas y creo que es un crimen civil que... se les impida votar... y convencido de que las mujeres pueden y deben asumir cargos públicos, y no solo como maestras de escuela, profesoras u oficinistas. Ojalá tuviéramos diputadas, regidoras, secretarías de Estado e, incluso, presidentas, ya que así una serie de virtudes exclusivamente femeninas se proyectarían en la vida institucional del país...

...y su pregunta es muy oportuna. ‘Mag[dalena]’ me gustó y, a la vez, me decepcionó. Compárela con ‘Casa de muñecas’ de Ibsen y se dará cuenta de... Nora no tiene precedente... y lo admito... Ricardo es un escritor ya experimentado, inteligente y poseedor de una fina ironía; sin embargo, no está preocupado porque su literatura sirva para... y es cierto, de ‘Hojarasca’ a ‘Cuentos ticos’, él nacionalizó su prosa... y el éxito que tuvo la puesta en escena lo atribuyo a que el comportamiento de los personajes femeninos fue lo suficientemente inquietante para interesar a los espectadores, pero no para escandalizarlos...

Coincido en todo con su opinión. Lo que le pasó a Eduardo fue una lástima. Dedicó casi un año a esa obra y el estreno fue un fracaso. Desde mi palco, podía ver el disgusto en las caras del público, y oír los susurros de desaprobación que, al final del primer acto, se convirtieron en una silbatina tal que obligó a los propietarios del Variedades a suspender la función. ¿Y todo por qué? Muy simple: en ‘La caída de Francisco Morazán’, el levantamiento popular es iniciado por las mujeres de San José, y son ellas las que se mantienen firmes en la lucha cuando los hombres flaquean... y varios días después, al encontrarnos en la tertulia de Volio, él me decía: ‘pero yo no inventé nada de eso, está en los documentos, y los testigos de esa época que todavía viven pueden dar fe de que no faltó a la verdad’. Lo oí en silencio y después le dije...

Nuestra sociedad masculina es muy conservadora, aunque presuma de liberal, y nada le asusta más que una mujer se conduzca con independencia, demuestre iniciativa o, lo que es peor, se resista a jugar el papel que supuestamente, por su sexo, le corresponde. Estar en la casa y tener hijos, y a lo sumo aprender unos conocimientos mínimos, es todo el horizonte que ilustres abogados, eminentes educadores y distinguidos médicos, consideran como el natural para sus esposas, hijas y hermanas. Cada vez que los oigo, me pregunto: ¿en qué mundo viven? ¿Acaso no se dan cuenta de que, de unos años para acá, muchas muchachas buscan trabajo fuera de la casa sin el permiso de sus padres? ¿Están tan ciegos que no ven el creciente número de señoras que, al no soportar más el maltrato de sus maridos, se apersonan a los tribunales a demandarlos?

...por eso disfruté tanto la epístola que Cundila le escribió a don Soledad, en la cual le dice abiertamente que nunca estuvo de acuerdo en casarse con Sebastián Solano, y que si aceptó ese matrimonio, fue por una mal entendida obediencia y porque creyó, después de la última vez que visitó a José Blas, que podría arrancarlo de su corazón. Pero que al acercarse el día de su enlace, empezó a darse cuenta de que no quería ser la esposa de

Sebastián Solano, y enterada de que el Moto comenzaba a recuperarse, decidió proceder como lo hizo y...

Al terminar de leer el capítulo, la pregunta que tengo es por qué Cundila se fugó después de casarse y no antes. La cuestión puede quedar abierta, de manera que cada lector le de la respuesta que mejor le plazca. La mía sería bastante simple: de oponerse a la boda, su familia (sobre todo su padre) y vecinos (en especial, el cura) la habrían presionado para que se casara, y de huir en ese momento, es decir, soltera, don Soledad y sus hijos hubieran hecho lo imposible por perseguirla y obligarla a desposarse. Pero, una vez casada y dada a la fuga, lo único que podían hacer su esposo y sus parientes varones, era repudiarla.

Supe de un caso parecido al de Cundila el año pasado, en un caserío cerca de Taca[res]. El gamonal del lugar, arregló el matrimonio de su hija menor con un viudo del centro de Grecia. La joven no dijo nada, en ese momento; pero al domingo siguiente, le confesó al sacerdote que no se podía casar porque había tenido ‘conocimiento carnal’ con un primo, el cual acababa –convenientemente– de irse a trabajar a las minas de Abangares. El cura la convenció de que debía enterar de eso a su progenitor, y ella lo obedeció, y así fue como yo me vi involucrado en el asunto, al ser llamado de emergencia para atender al padre, aquejado de un severo ataque de bilis que el curandero local no logró aliviar con sus yerbajos y brujerías. Lo traté con... y se compuso... y lo primero que hizo fue aborrecer públicamente a la muchacha... repudiarla... la echó sin un cinco... la niña se fue a vivir con una tía de su madre, en Alajuela... y se dedica a la costura.

... y mi impresión es que, desde mucho tiempo atrás, es poco frecuente que en el campo los padres arreglen los matrimonios de sus hijos... Influyen, sí, al dar su parecer sobre tal o cual pretendiente, pero no obligan, lo cual es comprensible, ya que saben que en un conflicto de este tipo, la Iglesia suele apoyar a los novios e incluso, si es del caso, los protege... y sé que no le quedó otra opción que ajustarse al drama ya definido en ‘El

*Iván Molina Jiménez*

Moto', aunque es evidente para mí que esta novelita, pese a sus logros, se limita a satisfacer el concepto que las gentes de las ciudades tienen de la vida campesina... oscilante siempre entre lo idílico y lo bárbaro..."

10  
DUDA

“**L**a descripción de Cundila, vestida de peón, y a caballo, bajo las sombras de la noche, en dirección a la casa de Panizo, me recordó, no se por qué, varios de los fascinantes cuentos de Washington Irving, que leí ávidamente durante mi infancia, allá en la vieja y brumosa Cartago.

Simplemente maravillosa me pareció la evocación de los pensamientos y emociones de Cundila durante esa cabalgata, un verdadero viaje de pérdida de la inocencia. Reza y pide a Dios y a la Virgen que la perdonen y la fortalezcan; y a la vez, teme ser castigada por la Providencia y espera, a cada vuelta del serpenteante camino, que se le aparezca el ‘cadejos’ o la ‘tulevieja’... la acongoja el pesar de su familia, y en especial la de su madre, que deberá soportar la comidilla de todo el pueblo de Desamparados... ‘y entre todo esto, su corazón empezaba a asimilar que, desde que salió del lecho nupcial, como el Moto, ella era ya, y también, una huérfana’... y opino que es...

...cierra, de vez en cuando los ojos, y ve cómo el amanecer, al dejar al descubierto su fuga, ilumina la cara de su padre, de su esposo y de sus otros familiares varones, todas dominadas por la ira y el desprecio; la de su madre, que ya casi pasa de un total asombro a un profundo desconuelo; y la de su tía abuela, doña Benita, la del cura, don Yanuario, y la del maestro, don Frutos, con el ceño fruncido y en la boca un gesto en el que se adivina la condena... una ausencia en este cuadro. La de la

india Chon, en cuyo rostro imagino, aparte del dolor por la pérdida –en todo sentido– de su niña, el pavor de que, tarde o temprano, se descubra su participación en la fuga de Cundila... inquietud que le dejo por si gusta incorporarla a la novela antes de darla a la imprenta.

...y un consejo más: modifique el ‘tempo’ de la última escena del capítulo, cuando Cundila, ‘como un fantasma envuelto en el silencio de la medianoche’ toca a la puerta de la casa de Panizo y se entera por este que José Blas, decepcionado al enterarse de que su novia se casó con Sebastián Solano, le dijo al cura Yanuario que se ‘iría a las Salinas... al fin del mundo... pa no volver’... y en efecto se fue, todavía convaleciente... Los acontecimientos ocurren con extrema rapidez... apenas acaba ella de desmontar y ya va, otra vez, a lomos de su yegua, tras los pasos tristes del Moto...

Sería mejor alargar un poco el capítulo y agregar varias escenas. Primero, la sorpresa de Panizo, al oír que le tocan la puerta a deshoras, y cuando él imagina que es José Blas que vuelve, se encuentra con una figura extraña, ‘fantasmal’, en la cual, poco a poco, y gracias al tono de la voz, comienza a reconocer a Cundila. Segundo, las dificultades que enfrenta ella para convencerlo de que no la denuncie y que, por tanto, se convierta en cómplice de su fuga, lo cual podría tener serias consecuencias para él, dado que, como varón, colaboraría a deshonrar a varias de las familias encogolladas y principales de Desamparados...y tercero...

Precisamente, al describir la desesperación que invade a la fugitiva cuando se entera de que su novio no está en la vivienda, se podría aprovechar la ocasión para dejar que, por una vez, Cundila vacile. Y la duda que empezaría a dominarla, se incrementaría a medida que Panizo se esfuerza, a su vez, por convencerla de que desista de su plan, de que se arrepienta, de que todavía está a tiempo para volver al lado de su marido, al cual le pediría perdón por la mañana y le prometería ser una esposa obediente y digna de él por el resto de...”

11  
ENCUENTRO

“**E**fectivamente, Camilo vivió una experiencia muy similar cuando estaba por terminar su primera novela, ‘La señora de Montealegre’. Según lo que me contó una vez, él escribió dos finales: en uno, Etelvina, después que decidía dejarlo todo para irse con su amante, tenía una fuerte discusión con su marido, en la cual le echaba en cara su falta de afecto, su vivir solo para sí mismo y su indiferencia para todo lo que no se vinculara con su trabajo. En el otro –el que finalmente se publicó– ella simplemente abandonaba la casa y, ya en la acera, se volvía para mirar la ventana del bufete, y allí veía a su esposo, de espaldas a la calle y a los demás, inclinado sobre sus inseparables códigos, y luego...

Me decía Ca[milo] que se decidió por ese final porque la discusión le pareció reiterativa. Además, y en esto concuerdo con él, hay ocasiones en la vida en las cuales las palabras sobran. Por eso, yo terminaría la novela cuando Cundila, al filo del amanecer, se aproxima ‘ansiosa y fatigada, a la Estación del Ferrocarril al Atlántico’ y, todavía de lejos, descubre la figura inconfundible de José Blas, ‘acurrucado contra la fría base del Monumento Nacional, a la espera del primer tren que parta para Alajuela.’ Sí le diré que... falta una breve descripción de... San José... a los ojos de una campesina, y...

...por favor. Ciertamente, me gustó el diálogo que se entabla entre los dos, sobre todo porque carece de reproches y de

explicaciones. Y me encantó el final, cuando Cundila, con voz aterida por el frío de la madrugada, le propone a José Blas que se vayan juntos, y él, tan católico que es, se queda en silencio, ‘como si sopesara, una y otra vez, el costo que tendría para su alma juntarse con una mujer casada y vivir para siempre en perpetuo adulterio’. Casi dispuesta a dar la vuelta e irse sola, al ver la indecisión en los ojos del Moto, ella se oye decir, pausada e involuntariamente:

‘sacame una taza diagua  
que vengo muerta de sé.’

Y José Blas, ‘al despertar con toda fuerza en su corazón los recuerdos de la fiesta de la Santa Cruz en que fue tan feliz’, no puede evitar contestar, casi con alegría:

‘solo tengo mi boquita  
qués más dulce que la miel.’

...con todo, la conversación entre los dos es innecesaria. Vuelvo a lo que le decía antes. Preferiría que la novela finalizara cuando Cundila, tras acercarse sigilosamente –casi como un ladrón listo para dar el golpe–, despierta a José Blas al tocarle el hombro. Y él, que espera encontrarse con un sereno mal encarado y ‘dispuesto a correrlo del altar de la patria’, descubre, y aquí pido prestadas sus palabras otra vez, ‘iluminado por las primeras luces de la aurora, todavía salpicadas de rocío, el rostro que más amaba.’

“**D**e mi admiración, y mis felicitaciones por este logro. Sin duda, su ‘Cundila’ es la primera novela que se aparta de una tradición literaria que suele describir a las mujeres como faltas de carácter, débiles, volubles y vulnerables, y perdidas sin el apoyo emocional y económico de un varón. Nada más lejos de... por supuesto. Me decía miss Marian [¿le Cappellain?], con todo orgullo, que sus graduadas de la sección normal del Colegio Superior de Señoritas no vacilan en irse solas a lugares lejanos a... y salen victoriosas tras enfrentarse con gamonales y curas... y don [¿Cleto?] González Víquez comentaba en varios artículos publicados en ‘El Noticiero’ que, según el censo municipal de San José de 1904, casi un tercio de las familias capitalinas están... por una ‘jefa’...

...y disculpe que me extendiera tanto, pero fue inevitable, dado el interés que su... despertó en mí. Termino ya esta larga carta con la información que me solicitó. El tipógrafo en cuestión se llama Epamimondas Sibaja, alias ‘Zopilota’, don ‘Zopi’ por cariño. Él me imprime, a muy buen precio, los folletitos sobre salud que yo acostumbro vender durante mis peregrinaciones por los pueblos rurales que forman parte de mi jurisdicción (mis enemigos políticos dicen que lo que reparto en esos viajes es propaganda en contra del gobierno de don Ascensión y del candidato oficial para las próximas elecciones presidenciales, don Cleto, pero no es cierto).

Epamimondas calcula que la obra impresa podría alcanzar las 70 páginas, por lo que un tiraje de 300 ejemplares costaría alrededor de 90 colones, una suma que me parece bastante razonable. Sé que en otros establecimientos... más barato, pero no se lo aconsejo... Zopilota... es muy preocupado, se esmera mucho y revisa personalmente el trabajo de sus operarios. Los productos impresos que circulan con el sello de su taller se acercan casi a la perfección tipográfica, ya que rara vez tienen erratas y carecen de letras ‘comidas’, un defecto muy frecuente cuando los tipos que se utilizan están muy gastados por el uso, o empastelados por descuido... La dirección de la imprenta es calle de... a la par de la Logia...

...y me envió, junto con una cotización formal, dos folios con varias muestras de viñetas y filetes para que escoja los que más le gusten. Me los mandó aquí porque, por un error de mi parte, se me olvidó darle su dirección, pero no se preocupe, le enviaré todo esto con mi cuñado, Isaías Bermúdez, que va para San José el próximo lunes. Y, antes que se me olvide, a Zopilota hay que cancelarle la mitad del costo de la impresión al inicio, y el saldo una vez que la novela esté impresa... sobre la portada y las ilustraciones... él tiene en su taller una de las más valiosas colecciones de grabados del país... sin embargo, Ezequiel, sin pedírselo yo, se ofreció gratuitamente a... a plumilla por el mucho aprecio que... es un leal y sincero...

...o le escribiré a mis amigos, que son dueños de librerías en los otros países de Centroamérica, México y España, para que adquieran algunos ejemplares de su novela con el fin de darle la difusión continental que merece. Varias personas –no sé cómo porque, en acato de su deseo, no lo comenté con nadie– ya saben que ‘Cundila’ existe, y están que se mueren por leerla. Aparte de Ezequiel, Tovar es uno de los que más... me ha telegrafiado tres veces ya, y se comprometió a publicar un comentario en la sección literaria de ‘La Prensa Libre’... también hay, por lo que me contó Saúl, una enorme expectativa por lo que irá a decir don... Sinceramente, lo de la Secretaría de

## *Cundila*

Instrucción no creo que resulte, aunque veré si mi influencia con don Justo todavía es...

...y 'Cundila' es una novela escandalosa porque su personaje principal es una mujer que procura ser libre, y en su afán por lograrlo, traspasa ciertos límites que... y difícilmente le va a gustar a las autoridades escolares que, no por coincidencia, son todas varones... de una campesina dispuesta a desobedecer a su padre, a abandonar a su esposo, a irrespetar el matrimonio... es el lado más perturbador de su libro... e indudablemente sacudirá conciencias y, en la 'Sociedad de Damas Católicas Contra los Malos Libros' se elevarán gritos de 'al fuego', 'al fuego', pero esto siempre ocurre cuando el arte desafía el...



TERCERA PARTE  
**BÚSQUEDAS**





**E**l viernes en la tarde, después del “lunch” con Sofo y de casi una semana de trabajo intenso, me sentía ya agotado y con la productividad en declive. A las cuatro, calculé que en los 50 minutos que me quedaban, antes que empezaran a cerrar la Biblioteca del Congreso, podría revisar, a lo sumo y con suerte, dos o tres tomos más. Hasta ese momento, la investigación había discurrido en estricto orden, ya que empecé a revisar la colección de Dobles Segreda a partir del volumen primero. Decidí, entonces, que era hora de ponerme en manos del azar y ver qué me reparaba la Divina Providencia.

Me levanté, me aproximé al estante de la izquierda, cerré los ojos y extendí el brazo. El primer tomo que escogí con este nuevo método científico fue el 520, un verdadero mamotreto, el cual incluía un ejemplar perfectamente conservado del *Libro Azul de Costa Rica*, una copia de *Concherías*, con los grabados originales de Ezequiel Jiménez Rojas, varias memorias de las secretarías de Hacienda e Instrucción Pública, dos mensajes presidenciales (uno de Julio Acosta de 1921 y otro de León Cortés de 1938) y dos novelas, una de las cuales ya es un clásico, *El primo*, de Jenaro Cardona. La otra, de casi 500 páginas, era completamente desconocida para mí. Escrita por F. R. Sáenz y publicada en 1907, se titulaba *El secreto del emir* y parecía ser una obra de aventuras arábigas similares a las de *Las mil y una noches*.

Iba a devolver el tomo a su lugar cuando me percaté que el forro de la contratapa del *Libro Azul* estaba bastante abultado. Sin pensarlo dos veces, pasé mi mano sobre él y confirmé mi sospecha: “aquí hay algo”, me dije. Como aquel que sabe que va a cometer un espantoso crimen, miré a todos lados, supliqué a mi ángel de la guarda que, si había cámaras imperiales ocultas, me protegiera con sus alas de cualquier lente inquisidor, y con un viejo cortapapeles que encontré en una gaveta del escritorio, hice a lo largo del borde una incisión como de 15 centímetros. El ruido que produjo esta delicada operación quirúrgica fue mínimo, pero, dadas las circunstancias, me pareció mayor que el de una motosierra.

Despacio y con mucho cuidado, levanté el forro con mi mano izquierda, introduje mi mano derecha y extraje lo que resultó ser un envoltorio de papeles amarillos, atados con una delgada cinta roja. Lo coloqué sobre el escritorio y con suma delicadeza deshice el lazo y empecé a desdoblar el paquete. Pese a mi esfuerzo, no pude evitar que la primera hoja, tras crujir como una flor seca, prácticamente se convirtiera en polvo ante mis ojos; con otras partes del documento ocurrió lo mismo. Logré fotocopiar, con grandes dificultades, lo que sobrevivió; y después, junté los restos de todo el proceso y los volví a colocar en su lugar, dentro del forro de la contratapa.

Según mi reloj, faltaban veinte minutos para la cinco. Me di cuenta, entonces, de que estaba bañado en sudor, que mi respiración era agitada y que tenía un ligero temblor en mi mano izquierda. Todavía no sabía lo que había encontrado. Podía tratarse de algo sin importancia que no valía la tensión del último cuarto de hora. Tomé las fotocopias y comencé a leerlas en desorden, primero sin prisa, y luego ávidamente. Parecía tratarse de una extensa carta. La letra era desagradable y muy pequeña. A medida que avanzaba, empecé a procesar, poco a poco, mi fabuloso descubrimiento.

Don Joaquín García Monge parecía haber escrito una segunda parte de *El moto* (la primera novela costarricense, publicada en 1900) de la cual, hasta ahora, nadie sabía nada. Y por si

*Cundila*

esto fuera poco, en esta nueva obra, el protagonismo ya no le correspondía a José Blas, sino a Cundila. Inicialmente, me sorprendió mucho este cambio de perspectiva, pero después pensé que, al fin y al cabo, era lógico. La educación y la liberación de la mujer fueron dos procesos que avanzaron mucho en el Chile de comienzos del siglo XX, y fue en ese estimulante contexto intelectual en que completó su formación académica el futuro editor del *Repertorio Americano*. El curso de mis pensamientos tendía a acelerarse cuando fue interrumpido, de pronto, por una metálica voz imperial:

–The Library of Congress closes in five minutes.



¿Por qué si García Monge había escrito una continuación de *El moto*, aunque no la hubiera publicado, no existía alguna referencia sobre esa novela? El silencio en torno a esa obra “perdida” era tanto más notorio cuanto que, según el curioso y frágil documento que encontré en el *Libro Azul*, varias personas –incluidos ciertos intelectuales de la época– ya sabían de “Cundila”. El enigma no dejó de perturbar mi pensamiento durante todo el viaje de vuelta, y ya en San José, decidí no contar a nadie lo que descubrí en Washington; una vez que la situación del país se normalizara, emprendería por mí mismo una pequeña investigación, casi de carácter arqueológico.

Dado que me era imposible identificar al autor de la carta, únicamente tenía dos pistas seguras para comenzar: primero, que el manuscrito de “Cundila” probablemente había sido entregado al taller de Epamimondas Sibaja, alias “Zopilota”; y segundo, que eso debió ocurrir alrededor de 1905, año en el cual Cleto González Víquez debutó como candidato presidencial oficial, en virtud del amplio apoyo que le dio el gobierno de Ascensión Esquivel. La información era escasa, pero me permitía, por lo menos, “focalizar” mi búsqueda en una imprenta particular y en un momento específico.

Mi primer paso consistió en consultar la célebre *Guía comercial de Costa Rica*, elaborada por Jenaro E. Garnier en 1907, y allí localicé una tipografía que se adaptaba a la descrita

en la carta, eso sí, localizada no en San José, sino en Alajuela. La ubicación me desconcertó un poco, ya que lo normal, a comienzos del siglo XX, era que los intelectuales de provincia publicaran sus libros y folletos en la capital, y no al revés. Pero tal “irregularidad” no me preocupó demasiado, ya que en vez de disminuirlo, le agregaba más interés al profundo misterio que envolvía a “Cundila”.

En *Alajuela, capital del mundo*, un panfleto firmado por Zoilo F. Castro e impreso por la tipografía “El Erizo” en 1955, encontré que, en 1871, Tranquilino Sibaja había fundado una imprenta en la que se tiraba el semanario *La Voz de la Oposición*, órgano de los adversarios de Tomás Guardia. Posteriormente, el taller perdió su definido carácter político, cambio al que contribuyó la súbita muerte de su dueño en 1879. El local fue asumido entonces por su primogénito, Epamimondas, quien acababa de cumplir los 20 años. El joven propietario le dio una orientación más comercial y lo administró hasta 1935, cuando falleció. Poco después, sus hijos vendieron el equipo a un conocido impresor de Nicoya, vinculado con “Confraternidad Guanacasteca”, el activo partido del doctor Francisco Vargas Vargas.

Gracias a la familia de mi difunta esposa, cuyos ancestros figuran entre los fundadores de Alajuela, logré localizar al único nieto vivo de Epamimondas, el abogado, ya jubilado, Alberto Sibaja. Lo llamé por teléfono y, muy gentilmente, aceptó conversar conmigo. La cita quedó concertada para el diez de abril, en su casa, ubicada unas cuadras al sur del viejo edificio del Instituto. Acudí puntualmente y, después de las formalidades del caso, y –lo confieso con pena– de mentirle sobre lo que verdaderamente investigaba (le dije que me proponía escribir un libro acerca de las imprentas de comienzos del siglo XX), le pregunté despaciosamente:

–Y dígame, don Alberto, ¿por casualidad no conserva usted alguna documentación de la imprenta?

–Lamentablemente no. Todo lo que había posterior a 1906 se botó una vez que mi papá y mis tías vendieron la imprenta.

—¡Qué lástima! Pero, ¿por qué hace esa diferencia tan tajante entre antes y después de 1906?

—¡Ah! Eso es por la confiscación.

—La qué..., perdón.

—La confiscación. Mi abuelo era un fernandista a muerte. Partidario de Máximo Fernández, ¿me entiende?

—Sí, por supuesto.

—En 1905, él fue nombrado elector de segundo grado por el partido Republicano... Supongo que usted sabe que en esa época las elecciones eran de dos vueltas...

—Claro, mis abuelos fueron electores varias veces por la ciudad de San José.

—¿De verdad? ¿Y por cuál partido?

—Creo que uno era civilista y el otro no sé... Tal vez era jimenista. Pero, decía usted que...

—Sí, sí, le decía que Epamimondas era elector, y como tenía tipografía, toda la documentación y la propaganda electoral del partido que se distribuía en Alajuela se imprimía en su taller. Como en la votación de primer grado de 1905 don Cleto González Víquez no ganó el número necesario de electores para ser electo presidente, el gobierno de don Ascensión Esquivel expulsó del país a los candidatos de la oposición. Los acusó de preparar una revuelta, y a...

Don Alberto tosió varias veces y su esposa acudió solícita con un vaso de agua y una píldora.

—Perdone, pero es que yo fumé toda la vida y...

—No se preocupe don Alberto. Tómese su tiempo.

—... y a los electores de los otros partidos... a unos los encarceló, y a otros los obligó a votar por don Cleto en la votación de segundo grado, que se efectuó el primero de abril de 1906.

—¿El gobierno de Esquivel fue el que...?

—Sí

—¿Y supongo que su abuelo fue uno de esos electores que fueron encarcelados?

—Inevitablemente. Lo vinieron a buscar el sábado anterior a las votaciones y lo metieron preso, y el domingo en la mañana,

tres soldados lo llevaron a la fuerza al teatro municipal. Pero él no votó. Contaba mi papá que le pusieron una pistola en la sien derecha y le dijeron que si no votaba lo matarían. Y él les contestó: “espáchenme, hijueputas”.

Tan emocionado estaba don Alberto que temí que le diera otro ataque de tos. Por dicha no fue así, y con una enorme sonrisa de orgullo, agregó:

—Fue la única abstención... Por la respuesta que dio ya puede deducir usted que mi abuelo no era, que digamos, una persona de buen carácter. Y como estaba tan enojado con el gobierno, imprimió un volante llamado “Contra la tiranía”, en el cual denunció todo lo que le hicieron.

—¿Y tiene copia de eso?

—Sí, de eso sí le puedo prestar una copia... Perdón, ¿dónde me quedé?

—En que don Epamimondas estaba muy molesto...

—¡Ah, sí! Mi abuelo tiró como mil ejemplares del volante y, el domingo que siguió a la votación, mandó a mi papá y a sus empleados a que se apostaran en el atrio de todas las iglesias, esperaran la salida de misa y repartieran copias de esa hoja suelta a todos los feligreses. Cuando el gobierno se enteró de esto, lo acusó de conspirar contra el orden público, y ordenó que detuvieran a Epamimondas y a sus “colaboradores”. Fue por eso que la policía allanó la casa y confiscó todo lo que se encontró en la imprenta.

—¿Y qué pasó con los materiales que confiscaron?

—No estoy muy seguro. Según mi papá, la mayor parte de lo que se llevó la policía eran trabajos de impresión contratados por comerciantes de Alajuela. Parece que las autoridades, en un afán por quebrar la imprenta, emplazaron a los clientes para que se apersonaran a la Comandancia, donde les entregaron sus encargos y los conminaron a no tener trato con un impresor que era enemigo del gobierno. Varias cosas que pertenecían a mi abuelo sí se perdieron, en cuenta un puñal muy fino y dos cajones, uno con una colección completa de *La Voz de la Oposición*, y el otro con cuentas, facturas y cartas.

La conversación giró luego sobre tópicos más actuales, del último campeonato que perdió la Liga al mal estado de las calles, y de la reelección presidencial a la corrupción creciente. Don Alberto estaba muy impresionado por las protestas que acababan de sacudir al país (“no recuerdo nada igual”, me aseguró) y me contó, muy complacido, que él y su esposa aprovecharon las tardes veraniegas de marzo para participar en las marchas alajuelenses contra el “combo”. Y agregó:

—¡Viera qué gentío!... Fuimos, sí, pero no fue porque estuviéramos desinformados...

Faltaba poco para las cinco de la tarde cuando me levanté para irme. La lluvia había cesado y por la ventana de la sala se asomaba, clandestinamente, un celaje lejano. Mi anfitrión, entonces, estrechó mi mano con fuerza, me pidió que lo esperara un momento, y al volver me obsequió un original del volante impreso por Epamimondas en abril de 1906. Al despedirnos, me dio una nueva pista:

—Si usted está tan interesado en los materiales que la policía le confiscó a mi abuelo tal vez le convendría ir al Archivo Nacional y revisar la serie de Gobernación. Es muy probable que se levantara un acta del allanamiento de la casa y del taller, y si ese documento todavía existe, debería estar allí.



15  
CONTRA LA TIRANÍA

“**E**l infraescrito, elector de la provincia de Alajuela denuncia: siquiera para que el pueblo de Costa Rica pueda conservar la verdad pura de los hechos y para castigo de los culpables, los vejámenes y atropellos de que fue víctima gran parte de la [Asamblea] Electoral de la oposición de esta provincia, durante las vísperas y en el día de las elecciones últimas de segundo grado, el primero de abril de 1906.

Las autoridades constituidas organizaron una verdadera ‘cacería’ de electores, se hacían batidas á todas horas del día y de la noche por los campos, persiguiéndonos como á criminales vulgares, y dondequiera que se nos encontraba, se nos tomaba presos y sin consideración ninguna se nos conducía al Cuartel de Armas de Alajuela, en donde se nos injurió gravemente, guardándonos hasta la hora de instalarse la Asamblea Electoral, con una especial y numerosa guardia, que fusil en mano nos vigilaba constantemente. ¡Cuántos de nuestros hogares fueron allanados á altas horas de la noche en busca nuestra!

Como el infraescrito, junto con el señor Ludovico Rodríguez, protestáramos vehementemente por esa conculcación de nuestros derechos, se nos condujo a un punto del patio, donde estaban colgadas varias cuerdas de la solera del corredor. Nos ataron las manos hacia atrás i de éstas nos suspendieron por medio de la cuerda de la solera, hasta dejarnos el cuerpo en una posición violenta. Seguidamente, se nos bajó para ponernos unos

grillos pesados i mui estrechos, diciéndonos que esos grillos estaban reservados para nosotros. Tan estrechas eran las argollas, que al ajustar la palanca, le rompieron al ciudadano Rodríguez el tobillo de la pierna izquierda. El soldado que ejecutaba esta operación, el chulo Mora, le hizo notar al teniente Viquez que no era posible correr la palanca sin dañarle la pierna, a lo cual este oficial respondió ‘soque Ud., la carne cede’. El olor nauseabundo que despedía el escusado de la tropa, servía de complemento al martirio y a los ayes de dolor de don Ludovico.

Pero lo más triste y lastimoso fue el espectáculo que ofrecía la ciudad de Alajuela á las doce del día primero de abril: una larga fila de soldados instalada á todo lo largo de la calle entre el Cuartel y el Teatro Municipal (local escogido para las elecciones); grupos de policías estacionados en las esquinas y luego una guardia de diez policiales bajo el mando de un sargento que hizo varias veces el trayecto desde el Cuartel al Teatro, conduciendo cada vez á diez de nosotros en formación correcta, cada uno con su guardián á la par, exhibiendo nuestra vergüenza de ser tratados cual criminales feroces ante el pueblo de Alajuela asombrado.

Tantas precauciones para conducirnos desde el Cuartel al Teatro parecían que hubieran sido tomadas para impedir nuestra fuga, aunque al más lerdo no se le escapa que tenían como principal objetivo amilanarnos con un alarde de fuerza innecesario. Por lo que aquí expongo se ve ya que nosotros no entramos al recinto electoral en calidad de depositarios de la voluntad del Pueblo Soberano. Prisioneros estábamos en el Cuartel, y prisioneros estuvimos en el salón del Teatro. No podíamos cumplir en esas circunstancias con el sagrado derecho del sufragio libre. Por tanto, al gobierno actual que prohijó ese escandaloso fraude, y al nuevo gobierno producto del mismo, solo cabe definirlos con una palabra: TIRANÍA.”

16  
INVENTARIO

**D**espués de impartir por sexagésima ocasión en mi vida y en versión abreviada, una clase sobre la influencia de la ciencia ficción anglosajona en la literatura de Borges y Bioy Casares, a las 11 de la mañana del 12 de abril estacionaba mi “más da gastos” en el parqueo del Archivo Nacional de Costa Rica. De lejos, el edificio parece una nave espacial, y a medida que me acercaba a la entrada principal, me sentía como un extra en la película de Spielberg, “Encuentros cercanos del tercer tipo”, una impresión reforzada porque delante mío iba alguien (o algo) con toda la apariencia de ser un extra-terrestre.

El personal del Archivo fue muy gentil conmigo, pese a mi impaciencia y desconocimiento de las estrictas disposiciones que regulan la administración documental. Los encargados de la Sala de Investigación me dieron, incluso, apoyo emocional, al verme a punto de desistir, luego de varios días de trabajo infructuoso. Por fin, el 19 de abril, tras revisar folio por folio casi una decena de los gruesos libros de correspondencia de Gobernación, encontré un informe firmado por Teófilo Sandoval, Comandante de Plaza de Alajuela, el cual decía:

“Señor Secretario de Estado en el  
Despacho de Gobernación y Polisía

En la ciudad de Alajuela, a las cinco horas y cuarenta y cinco minutos de la mañana de lunes nueve de abril de mil

novesientos seis, al mando de una patrulla compuesta por el sargento Flores y diez soldados, me apersoné a la casa y taller del ciudadano Epamimondas Sibaja, cabesilla publico y notorio de una conspiración contra el actual gobierno, la cual fue descubierta y sofocada gracias a la diligencia, antisipasion y seberidad con que procedió este umilde serbidor, tras constatar que ayer domingo en las iglesias de esta sirculó un impreso contra el Señor Presidente de la República.

A la vista de las autoridades, el susodicho Sibaja opuso tenaz resistencia, y con una figura de lleso del Niño Jesús, le rompió la caveza a uno de mis soldados (el cual se recupera en el Hospital San Rafael). Sin embargo, luego de un intenso for-segeo fue devidamente apresado. En ese mismo momento, su ijo Florentino, alias 'Zopilotilla' bolví de la panadería de Arias acompañado por los tres operarios del tayer, de apellidos Soto, Pereira y Jiménez, todos los cuales fueron tambien arrestados y, junto con el cabesilla de la conspiración, trasladados a la cárcel de esta ciudad.

Enbalentonadas por el mal ejemplo del padre, las tres ijas atacaron temerariamente a la autoridad, y una de ellas, llamada Ludovina, mordió al sargento Flores en el antebrazo. Movido por la prudensia, preferí no arrestarlas para no excitar más los animos, sobre todo porque la muger del susodicho Sibaja está en la junta de las damas bicentinas de Alajuela y tiene mucha influencia con el cura parroco, y porque otra de las muchachas, Teresa, está para casarse con el unico ijo del director de uno de los prinsipales diarios de la ciudad capital (ya el Señor Secretario save a cual me refiero).

Pese a la inconbeniencia de tener a esas mugeres detrás mío, dispuestas a atacarme al menor descuido y ofendiendome con palabras y jestos indignos de la delicadesa de su sexo, pude revisar exhaustivamente la bivienda y el taller y decomisé los obgetos que constan en el inbentario adjunto. Al ser las ocho y cuarenta minutos de la mañana, me retiré con los detenidos y los materiales confiscados por el portón trasero de la casa de los conspiradores para evitar nuevos incidentes, dada la multitud

de vecinos, curiosos y malentretidos que se apostaron en la puerta del frente.

Sin otro particular, prosederé de seguido a interrogar a los criminales y quedo a la espera de más instrucciones, su seguro y leal serbidor,

T. Sandoval”

El folio terminaba con la elegante rúbrica del Comandante de Plaza de Alajuela y, para mi desazón inicial, el próximo documento no era el inventario al que se refería ese funcionario. Tal fue el desencanto que expresó mi rostro que la joven sentada al frente me preguntó si me sentía mal. Le agradecí su interés con una sonrisa forzada y, casi automáticamente, continué mi búsqueda. Veinte minutos después, la Virgen de los Ángeles se acordó del más infiel de sus devotos, ya que tenía ante mis ojos el

“Inventario de los objetos decomisados en la casa y taller del ciudadano Epamimondas Sibaja el lunes nueve de abril de mil novesientos seis:

–un puñal español en el cual está grabada esta insignia .: cuyo significado desconozco;

–dos pistolas inglesas, una que sirve y la otra con el percutor en mal estado;

–un machete con el mango flojo;

–una carabina;

–una libra de polbora;

–veintisiete tiros;

–sien copias de un volante de la ‘Compañía Blen’ en la que anuncia la presentación de las obras ‘La mujer del Papa’ y ‘Divorciémonos’;

–quinientas idem de idem de las comunidades de Jesús, San Miguel, San Pedro y Concepción en las que los curas y comisionados de cada una inbitan a varios turnos para celebrar a sus santos;

- cincuenta idem de idem del ‘Almacén Chavarría’ en el que anuncia un baratillo de zapatos de señora;
- doscientos ídem de idem de ‘Contra la tiranía’
- cuarenta esquelas de la familia Calderon-Nuñez;
- setenta invitaciones para el matrimonio de Adán Gutierrez y Eva Lisano;
- quarenta pliegos de papel membretado de la ‘Jabonería de Emilio Peralta’;
- doscientos tiquetes para los matinee del teatro municipal;
- noventa y seis facturas de la ‘Fábrica de Puros La Favorita’;
- ciento cincuenta recibos de composición de caminos de las municipalidades de Grecia, Atenas, Naranjo y Poás
- setenta y cinco tarjetas personales del doctor Francisco Uribe y Castellón;
- treinta ejemplares de un folleto sin firma que se llama ‘Por qué soy fernandista’;
- cuatrocientos idem de idem de los ‘Ejercicios espirituales’ del padre Jerónimo Ripalda;
- trescientos idem de idem de la novena del Sagrado Corazón de Jesús;
- veintisiete ídem de idem de ‘Enfermedades que podemos evitar’, del doctor Federico Giralt.
- sesenta idem de idem de un libro de versos llamado ‘Urna de mis sentimientos’ de un tal Leoncio R. Zeledón;
- doscientas copias de una hoja suelta de propaganda del partido Republicano;
- noventa papeletas de votación a favor del mismo partido;
- una foto rubricada del licenciado don Máximo Fernández;
- un cajón con sesenta y nueve ejemplares del periódico ‘La voz de la oposición’ y un estuche con un biolin
- otro idem con facturas, recibos, un libro descuadernado en inglés, varias cartas y un ejemplar del ‘Manual Elemental de Infantería’ de Blanco y Salazar;
- y un manuscrito como de cien folios intitulado ‘Cundila’, el cual aparece firmado por una Olga Turcios de Castro.

T. Sandoval”

17  
OLGA

La última frase del inventario golpeó con tal fuerza mi cerebro que me acordé de inmediato de una vieja canción de Cat Stevens, “The first cut is the deepest”. Abatido por la profunda decepción que apenas empezaba a experimentar, cerré el tomo, me levanté, di las gracias y salí en silencio del Archivo Nacional. La continuación de *El Moto* no había sido escrita por Joaquín García Monge, sino por una completa desconocida. Como las desgracias jamás vienen solas, camino a mi casa me encontré con mi única hija convertida en un mar de lágrimas porque su esposo, de viaje por España, acababa de sufrir un grave accidente automovilístico.

Ofuscada, Silvia no sabía qué hacer y, la verdad es que, en ese preciso instante, yo tampoco; pero después de consolarla lo mejor que pude y de averiguar que la condición de mi yerno era estable, comencé a acomodar mis pensamientos. Llamé a un extensario que labora en Iberia y, al día siguiente, tras el inevitable tarjetazo que dejó mis finanzas personales en estado crítico, mi hija iba ya camino a Sevilla. Entre tales trajines, una voz en mi cabeza empezaba a preguntar con insistencia quién sería esa Olga Turcios de Castro que, casi un siglo atrás, se había atrevido a apropiarse de los personajes de García Monge y, en particular, a transformar a Cundila.

Involuntariamente, me sumí en un proceso de invención de excusas para no investigarla. “Tengo que preparar el informe

final del proyecto sobre los exiliados centroamericanos en el Repertorio Americano”. “Debo leer la versión corregida de la tesis de Maritza”. “Para qué voy a perder más tiempo, lo más seguro es que fuera una vieja encopetada que escribía para distraerse”. Olga, sin embargo, visitaba mi mente cada noche, como una sombra indefinida que procuraba escapar del olvido, y se interponía entre el sueño y yo. Por fin, tras casi un mes de resistir con éxito la tentación, el veinte de mayo, al terminar de calificar los primeros exámenes parciales del semestre, decidí volver a la carga.

Con un desgano fingido, revisé el tomo cuarto del *Índice de Dobles Segreda*, amparado en la expectativa de localizar otras obras literarias que hubiera escrito, pero no encontré nada. Pensé, una vez más, en dar por terminado el asunto definitivamente; sin embargo, la sombra no desapareció. ¿Y si publicó algo que no fuera novela o cuento? Durante dos días, desoí tal pregunta con bastante éxito. Al tercero, me rendí, y una lluviosa tarde de mayo me encontró en mi oficina, con el escritorio ocupado por los otros ocho volúmenes del catálogo preparado por don Luis. El resultado fue infructuoso y decepcionante. Fastidiado, me quité los anteojos y musité: “como diría Sofonías, mejor dejo esta chochada de una vej”.

Miré a todos lados, y no vi la sombra, y casi feliz me fui a mi casa, cociné unos raviolos, abrí una botella de vino blanco alemán y, frente a mi televisor, consumí —culturalmente— la nueva versión de “Godzilla”. Me acosté casi a la una de la madrugada, y al apoyar mi cabeza en la almohada, sentí que algo me incomodaba. Por supuesto, era Olga, que me esperaba allí para recordarme que los tres últimos tomos del *Índice de Dobles Segreda* nunca fueron publicados, aunque la Asociación Costarricense de Bibliotecarios preparó una edición mimeografiada en 1967 o 1968. Casi no dormí en lo que quedaba de esa noche y, a la mañana siguiente, aún lluviosa, fui el primer usuario que ingresó a la sección de referencia de la Biblioteca Luis Demetrio Tinoco.

\*

La sombra, que tanto me perturbara, empezó a disiparse y a evidenciar, poco a poco, sus contornos. Según el tomo XI del *Índice*, dedicado a los textos sociológicos, Olga Turcios de Castro publicó cinco interesantísimos folletos en un período de casi veinte años: *La infancia trabajadora en Costa Rica* (1907), *El Estado y la salud pública* (1911), *La cuestión social en Centroamérica* (1915), *Por la mejora del salario de las obreras* (1921) y *Del sindicalismo al socialismo y más allá* (1925). Evidentemente, la autora de “Cundila” no destacó como literata, pero sí como ensayista.

Los breves datos consignados en el *Índice* se limitaban a la ficha bibliográfica y al título de los capítulos de cada folleto, razón por la cual, en un afán por acopiar más datos sobre la Turcios, me di a la tarea de tratar de localizar sus escritos. Las bibliotecas de la Universidad de Costa Rica tenían la ficha catalográfica de uno, pero no el texto en persona; por fortuna, la Nacional sí poseía un único ejemplar de *El Estado y la salud pública*, una obrita de 82 páginas que se abría con un prólogo firmado por el doctor Federico Giralt:

“Elegante dama de la sociedad josefina, doña Olga Turcios es una costarricense por vocación. Oriunda de San Salvador, y perteneciente a una de las principales familias de esa bellísima ciudad –velada por el cono imponente del Quezaltepeque y apacible como las cristalinas aguas del Ilopango–, casó en París con el reconocido médico Ricardo J. Castro Oreamuno. Desde que llegó a Costa Rica en 1900, la señora Turcios de Castro participa activamente en las actividades de beneficencia, en la atención a la niñez desvalida y en las campañas organizadas año tras año por el Hospital San Juan de Dios en pro de la salubridad pública.

Poseedora de un profundo sentido de la belleza, doña Olga es un pintora exquisita, y varios de sus óleos adornan ya los salones de importantes instituciones nacionales y extranjeras. Como escritora, es delicada y espiritual, y ojalá que pronto se

decida a dar a la imprenta sus valiosas joyas literarias, para satisfacer la sed de belleza de sus amigos y admiradores, entre los cuales me cuento el primero y el más incondicional. Sí publicó, en 1907, un original ensayo que causó polémica en ese momento, *La infancia trabajadora*, el cual, según la opinión del eminentísimo criminólogo argentino, Francisco de Asís y Sarmiento, es una extraordinaria contribución al conocimiento de las condiciones de vida en que se gestan el resentimiento social, las malas juntas, los vicios, la depravación y, por último, el apachismo.

El libro que hoy me honro en presentar a los cultos lectores ganó el primer lugar del concurso ‘Por un país saludable’, el cual fue convocado en 1910 por la Asociación Costarricense de Salubridad Pública. El fallo del jurado, reproducido después de este modesto prólogo y firmado por los doctores Céspedes, Zúñiga y Povedano, no deja dudas sobre la calidad del trabajo de doña Olga, una joven dama que goza del raro privilegio de sumar a su encanto personal un entusiasmo sincero por todo lo que tienda al progreso de Costa Rica, y una mente aptísima para el razonamiento científico.

Federico Giralt C.  
Presidente  
ACSP”.

Practicante aficionado de la historia de la medicina y tío por parte de mi madre, el doctor Palaviccini me dijo que, en efecto, sí conocía el caso de Castro Oreamuno, un cirujano brillante y muy competente, graduado en París. La voz al otro extremo del teléfono adquirió un tono casi de pésame cuando agregó que el médico por el que yo preguntaba padecía de una extraña enfermedad –aparentemente, cierto tipo de leucemia– y falleció sin cumplir todavía los 50 años, alrededor de 1923. Sobre Olga solo sabía que tenía fama de ser una mujer de exótica belleza y dotada de un profundo sentido de la ironía.

–Papá, que sí la trató mucho, decía que era todo un monumento, y una de esas mujeres de armas tomar. Y decíme, ¿por

qué estás vos a estas alturas tan interesado en los pormenores de doña Olguita de Castro?

–Es por un folleto que ella escribió...

–Sí, le daba por eso, y por pintar también...

–¿Sabés si queda algún hijo vivo que pueda...?

–No. Fue una pareja sin hijos. Pero yo conozco a una sobrina del doctor Castro Oreamuno, que tal vez pueda darte más información. Esperate para ver dónde tengo eso... Aquí está. ¿Tenés con qué apuntar?

\*

Felicia López Castro me invitó a pasar a su bella casa de barrio Amón y fue como entrar en un museo de la burguesía josefina de la década de 1930. Pinturas, adornos, alfombras, fotos y muebles me indicaban, con discreción, que acababa de ser transportado, por una fuerza desconocida, del jueves primero de junio del 2000 a una fecha aproximada al estreno mundial de ‘El Retorno’, y no me sorprendí al descubrir, en un extremo de la sala, un afiche original de dicha película.

La dueña de esa extraordinaria máquina del tiempo, luego del tour de rigor por la cultura material de 1930, me invitó a sentarme y me ofreció un café. Con gracia, me advirtió que todo lo que me iba a decir lo conocía por habérselo oído a su madre, y empezó a contarme de una joven salvadoreña, de visita en París a fines del siglo XIX, que se enamoró de un costarricense, estudiante de medicina y discípulo destacado de monsieur Pasteur. Dada la fuerte oposición de los padres a ese noviazgo, y la amenaza de que Olga sería devuelta en el próximo vapor que partiera para América, la pareja decidió fugarse y casarse en secreto en Burdeos. Tal proceder le valió a la recién casada que su familia la desconociera.

Asistente asidua a los clubes de intelectuales, primero de París y luego de Londres (donde su esposo llevó varios cursos de especialización), Olga, una vez que se instaló en San José, fue toda una sensación, al principio. Pero, a medida que fue evidente que pretendía ser algo más que la esposa de un médico, y que se dio a conocer como una crítica incisiva de las injusticias

sociales y una defensora ardiente de los derechos de la mujer, el número de sus amistades se redujo drásticamente. El universo josefino, a diferencia del parisino y el londinense, carecía de círculos de intelectuales femeninas, por lo que la joven salvadoreña pronto fue aislada y definida, en términos clínicos, como una influencia peligrosa para la salud espiritual de las damas y damitas de la capital costarricense.

—Supongo que eso fue muy difícil para una persona de su posición social.

—Tal vez...

—¿Por qué lo duda?

—Creo que tía Olguita compensó ese aislamiento al convertir su casa en un lugar de tertulia. Todos los martes y viernes, a las siete de la noche, tenía, como dicen ahora, una “open-house”, donde asistían sobre todo escritores y artistas. Claro, eran solo varones, y discutía con ellos de tú a tú. Según decía mi mamá, algunos venían solo a admirarla. Veá.

La fotografía que me enseñó doña Felicia permitió que la sombra que me atormentara adquiriera un rostro sereno y feliz, de una belleza misteriosa, con una promesa de sonrisa y dominado por la determinación de la mirada. Sobre el ángulo inferior izquierdo, leí: “Para Ricardo con mi amor de siempre. 27 de agosto de 1910. Olga.” La letra era casi artística.

—Fue un regalo de cumpleaños para mi tío. Por esa época tía Olguita iba a cumplir los treinta... Ve qué bonita que era... Pero le contaba de la tertulia. Además de eso, ella tenía amistades aquí y afuera con las que se escribía constantemente.

De acuerdo con doña Felicia, lo que sí la deprimía a veces era no haber podido tener hijos, una carencia que le pesó más tras declarársele la enfermedad a su esposo. Después de morir él, viajó a Europa y, a su regreso, empezó a trabajar como profesora en la “Escuela para la Mujer Obrera”, que acababa de ser abierta en San José. Allí, se convirtió en una “agitadora profesional”, que instaba a las operarias a denunciar por igual el maltrato de sus maridos y los abusos de sus patronos. Todo esto culminó en febrero de 1926 cuando, según el recorte de periódico

que tenía en mis manos, la “bolchevique” Olga Turcios fue acusada por el dueño de una fábrica de textiles de incitar a sus operarias a declararse en huelga. Con base en esa denuncia, la policía allanó su casa y la condujo al Buen Pastor, donde permaneció detenida todo un día, lo que provocó un enorme escándalo en el mundillo “decente” josefino.

—Fue así, creo yo, como empezó a hacerse comunista. Entonces le llegó una carta de un escritor muy famoso de El Salvador, un tal... déjeme ver... lo tenía ya en la punta de la lengua... un Ferrer, no... cómo era...

—¿Masferrer?

—Sí, ese mismo. Parece que la invitó a que se uniera a un movimiento que él tenía y un día, sin despedirse de nadie, se devolvió para El Salvador.

Los parientes de su difunto marido se enteraron de su ida gracias a *La Gaceta*, en cuya sección de “Pasaportes” fue consignado el trámite de Olga (“creo que ella resintió mucho la falta de apoyo cuando la encarcelaron. Pero, fuera de mi mamá, la familia de mi tío nunca la vio con buenos ojos”, me explicó, casi en un susurro, doña Felicia). Unos cuatro años después, se volvió a saber de ella gracias a una extensa carta que le envió a Federico Giralt, quien fuera el mejor amigo de su esposo. Le decía que estaba muy entusiasmada con lo que ocurría en El Salvador, y confiaba en que por fin sería posible emprender cambios para mejorar las condiciones de vida de la población y, en especial, de las mujeres. Creía que el “minimum vital” ya no era suficiente y contaba que, en un viaje a México efectuado a finales de 1929, conoció, gracias a la camarada Tina Modotti, a un compatriota que la impresionó mucho por su experiencia revolucionaria. El nombre de este líder no constaba por estar incompleta la epístola que leía, aunque inferí, por la descripción, que se trataba de Farabundo Martí.

—El doctor Giralt le decía a mi mamá que él no creía que tía Olguita estuviera involucrada en la rebelión comunista que hubo en El Salvador... ¿en qué año sería? Déjeme ver...

–En 1932.

–Sí, en el 32 fue que murió tata Alfredo... Don Federico aseguraba que no, pero lo cierto es que después de la matazón que hizo el gobierno salvadoreño, nunca más se volvió a saber de tía Olguita.

Permanecimos en silencio unos tres minutos. Doña Felicia se levantó a contestar el teléfono y yo me quedé con la mirada perdida en el jardín interior de la casa donde, ochenta años atrás, Olga Turcios de Castro solía sentarse, junto con su cuñada, a tomar café los miércoles en la tarde. La imaginé en el banco de piedra de la esquina, donde la yedra, la bellísima y los helechos se confundían en su carrera por capturar la lluvia, con sus ojos brillantes e inquietos y sabedora de que en su voz perfumada –a diferencia de Sor Juana Inés de la Cruz– sí le cabía lo mucho que tenía que decir.

–Perdón, era una nieta que me llamó para invitarme al cine. Me decía usted por teléfono que estaba interesado en una de las cosas que escribió tía Olguita.

–Sí, en una novela... creo que nunca la publicó y...

–¡Ah sí! “Cundila”.

–Exactamente.

–Sí, es muy curioso, nadie en la familia sabía de esa novela de tía Olguita... claro, ella no debió sentirse muy impulsada a contarlo, ya que mis tíos y mi papá decían que sus folletitos y los artículos que publicaba en los periódicos no eran más que propaganda comunista.

–¡Qué interesante! Entonces, ¿cómo se enteró su familia de que existía “Cundila”?

–Por el doctor Giralt. Poco antes de morir, mandó a llamar a mi mamá y le dio un paquete que contenía varias cartas y esa novela. Parece que tía Olguita se la entregó con la condición de que solo la publicara después de su fallecimiento, y como don Federico siempre estuvo como enamorado de ella, jamás quiso aceptar que probablemente había muerto en El Salvador. Cada vez que venía a esta casa, se sentaba en ese sillón del fondo, ya muy viejito, y decía “ya escribiré, ya verán”, y después volvía

a contarnos cuando la conoció, allá en Londres, del brazo de Ricardo. Tendría yo once o doce años, pero me acuerdo bien...

—¿Y tiene usted la novela? —Fingí un tono de voz tranquilo, casi indiferente, pero esas palabras habían esperado tanto para salir de mi boca que ya me quemaban la garganta.

—¡Viera que no! A principios de año, me llamó una sobrina mía que vive en California y me dijo que una amiga suya, que es profesora en una universidad europea, se iba a comunicar conmigo porque quería entrevistarme sobre tía Olguita. Casi un mes después, me telefoneó una muchacha y me pidió una cita. Le dije que sí y que viniera tal día, y conversamos toda una mañana. Se interesó mucho cuando le conté de la novela, y me pidió permiso para fotocopiarla. Y como era tan educada y tan simpática, y además venía recomendada por Laura, se la presté y le advertí: “cuídemela como sus ojos”. Pero desde que salió por esa puerta no la he vuelto a ver.

—¿Se acuerda como se llama? —Mi cara, a juzgar por la expresión de doña Felicia, debió convertirse, en ese momento, en una intersección del pánico con la desesperación.

—¡Ay muchacho! A mí ya todo se me olvida. Ella me dio una tarjetita, pero no sé dónde la puse. Creo que la empleada la tiró a la basura... es que es nica, y viera, tengo que andar muy lista porque lo que le estorba, lo bota... y no pregunta.

—¿Y su sobrina no...?

—Gonzalo, mi hijo, la llamó, pero parece que en la universidad donde trabaja le dieron un permiso y se fue para un pueblito de pescadores en Chile y no ha habido cómo localizarla.



**18**  
**E-MAILS**

**D** ate: Thu, 1 June 2000 23:50:33 -0600 (CST)  
From: Froylan Figueroa Camino <froylanf.cariari@ucr.ac.cr.>  
To: Sofonias Selva <sofos@HDLOC.gov>  
Subject: "Tierna"

Estimado Sofo:

Espero que vos y Graciela se encuentren bien. Muchísimas gracias por el libro de Zimmermann que me enviaste. Apenas lo he visto, pero está muy interesante y me permitirá comparar los casos de Argentina y Costa Rica. Por aquí está llueve que te llueve, por lo que estoy fatal de la rinitis. Cada vez que me sueño la nariz, no dejo de enviarte, porque según el "Weather Channel" Washington disfruta de un verano esplendoroso. Gracias por preguntar por Silvia y su esposo. Mi yerno se recuperó mejor de lo esperado (lo cual no puedo decir de mis finanzas, que apenas empiezan a convalecer).

Te molesto por una tontería. Tal vez ya no te acordés, pero el día que nos conocimos, al dejarme en mi lodge, me dijiste que una tica había ido a investigar la colección de Dobles Segreda unos años antes. Sé que en el imperio esto de proteger los datos personales es de suma importancia, pero si estuviera en tu mano, podrías hacerme el favor de averiguar su nombre y dirección. No es por razones sentimentales ni con propósitos indecorosos que te pido esa información, sino porque, a lo mejor, esa

*Iván Molina Jiménez*

muchacha consiguió unos materiales que necesito, y si así es, quizá me los preste.

Saludos y muchas gracias

Date: Mon, 5 June 2000 14:21:09 -0500 (CST)

From: Sofonias Selva <sofos@HDLOC.gov>

To: Froylan Figueroa Camino <froylanf.cariari@.ucr.ac.cr.>

Subject: "Tierna"

Caro Froylán:

Tenés razón en lo del verano. Los días son estupendos. La Graciela y yo salimos de vacaciones el jueves y regresamos ayer domingo. Fuimos al "Bryan Park", como a 100 millas de aquí, de campamento. Íbamos con toda la intención de caminar mucho y perder peso, pero me temo que, pese al ejercicio, volvimos con más libras de las que partimos. Ya me leí la separata de tu artículo sobre los poetas nicas en Costa Rica y verdaderamente lo disfruté mucho. Yo no sabía que Salomón estuvo a punto de batirse en duelo con don León Cortés, pero de él nada me extraña.

Lamento enterarme de que tu interés en esa tiernita es solo intelectual, ya que es una mujer muy guapa y está apenas para vos. Tiene unos ojazos verde esmeralda que le desacomodan a uno el corazón de golpe. Acordate de lo que te decía la Graciela: a estas alturas de la vida, debés empezar a buscar a alguien que te cuide. Consejo gratis de abogada que vale la pena considerar. Según lo que aparece en la pantalla de mi computadora, se llama Yolanda Odio, tenía 31 años en 1997 (es decir, que anda en los 34 ya), es antropóloga y trabaja en... en una marca de hielo, en el Centro Iberoamericano de la Universidad de Laponia, Finlandia. Su email era o es: <Yolanda.Odio@Rovaniemi.fi>

Un abrazo sincero de tu amigo que te quiere bien

Sofonías de la Selva

*Cundila*

Date: Mon, 5 June 2000 21:15:41 -0600 (CST)  
From: Froylan Figueroa Camino <froylanf.cariari@ucr.ac.cr.>  
To: Gerardo Calvo Apuy <gcalvoa.cariari@ucr.ac.cr>  
Subject: "Datos"

Estimado Gerardo:

Felicidades por el artículo que publicaste en *Universidad* el miércoles último. Es una crítica muy oportuna de la nueva política de incentivos docentes, la cual, de ponerse en práctica, elevará todavía más los salarios de salida a costa de los de ingreso y empeorará la fuga de cerebros. A David, mi sobrino, le ofrecieron una beca para ir a doctorarse en informática en el MIT, pero, a la vuelta, apenas ganaría unos 600 dólares por mes, y él, aunque acaba de defender su tesis de maestría, tiene ya un salario de casi \$1.200 en la calle.

Te escribo, además, porque necesito un pequeño favor. Desde hace varios días, ando detrás de unos materiales sobre literatura costarricense de inicios del siglo XX ("cada loco con su tema", como decís vos), y por accidente, me enteré que una antropóloga costarricense, que labora en una universidad finlandesa, posee una copia. Se llama Yolanda Odio. Creo que ya conseguí su email (¿es Yolanda.Odio@Rovaniemi.fi?), pero quería, antes de escribirle, preguntarte si la conocés y, si es así, qué concepto tenés de ella, en lo personal y lo académico.

Saludos y gracias,  
Froylán

Date: Wed, 7 June 2000 09:12:59 -0600 (CST)  
From: Gerardo Calvo Apuy <gcalvoa.cariari@ucr.ac.cr.>  
To: Froylan Figueroa Camino <froylanf.cariari@ucr.ac.cr.>  
Subject: "Datos"

Estimado Froylán:

Agradezco las felicitaciones, pero por desgracia en Costa Rica, opinar críticamente sobre algo, es la forma más segura de perder amigos y ganar enemigos. No te imaginás cuántos de

mis colegas, que se beneficiarían sin duda con la nueva escala salarial, me retiraron el saludo después de que publiqué el artículo, y algunos, al toparme, hasta se cruzan de acera o se devuelven. Es increíble el impacto que la cultura neoliberal ha tenido sobre los intelectuales, en especial los que militaron con la izquierda, y cómo, “por unos dólares más”, priorizan lo individual antes que lo social o lo institucional; en este sentido, son ultra-thatcherianos.

¿Te acordás de Varela, que era de la línea dura de Vanguardia? Se pensionó el año pasado y ahora es Director de Estudios Graduados en una universidad privada. Y Gonzalito, que se involucró tanto en los conflictos bananeros de los setentas, es el principal asesor económico de varias transnacionales que se dedican al cultivo y la exportación de flores. Definitivamente, “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”; o como decía aquella pinta que estaba por el edificio de Letras, “Alcoa, generación perdida”.

Disculpá por este desahogo “pre-perestroiko”, pero sé que vos sos uno de los pocos que podés entenderme. Paso a lo que te interesa. En efecto, conozco a Yolanda. Fue estudiante y asistente mía hace como doce años. Se graduó de licenciada en 1989 y después ganó una beca Ford y se doctoró en los Estados. Volvió a Costa Rica en 1992 y, por supuesto, como es una persona inteligente, esforzada y muy profesional, no encontró trabajo. Participó en un concurso de antecedentes y, como la “sobalevancia” no está en sus genes (algo inusual en un tico) perdió, pese a tener el puntaje mayor y ser la más joven de los competidores. Después de eso, se fue a Europa y consiguió empleo, primero en Suecia y luego en Finlandia, y tiene ya una brillante carrera en el mundo universitario nórdico. Se convirtió así en otra “socia” de ese círculo de destacados académicos costarricenses en el exilio laboral, dispersos por todo el orbe, de cuya existencia y logros los “costarrisibles” vivimos en santa ignorancia.

Fosforín me contó que Yolanda estuvo en Costa Rica a comienzos de este año, pero no la pude ver porque yo estaba en

## Cundila

Guatemala, en el simposio sobre el legado intelectual de Severo. Creo que le podés escribir sin problema. Y si te sentís incómodo, decíle que yo te aconsejé que te comunicaras con ella (por cierto, ¿cómo conseguiste su email?). Ayer me llamó Vicky para ver si salimos este viernes a tomarnos unas birrillas en “La Ostra”. Fosfo, Ana María, Tino y las gemelas Macaya ya confirmaron. ¿Te apuntás?

Date: Wed, 7 June 2000 18:35:17 -0600 (CST)

From: Froylan Figueroa Camino <froylanf.cariari@ucr.ac.cr.>

To: Yolanda Odio <Yolanda.Odio@Rovaniemi.fi>

Subject: Pregunta

Estimada doctora Odio:

Por medio del profesor Gerardo Calvo Apuy, conseguí su dirección electrónica, y me tomo la libertad de escribirle porque, aunque no tengo el gusto de conocerla, en los últimos meses he andado, sin saberlo, detrás de sus pasos.

En marzo del año en curso, aproveché un viaje a Washington para investigar en la Biblioteca del Congreso, y al revisar la colección de Luis Dobles Segreda, me enteré por casualidad de la existencia de una novela inédita, titulada “Cundila” y escrita a inicios del siglo XX por una salvadoreña que vivió muchos años en Costa Rica, Olga Turcios de Castro.

La semana pasada, entrevisté a una de las parientes políticas de doña Olga, a la señora Felicia López, quien me indicó que usted la visitó por las fechas en que yo, curiosamente, me encontraba en Estados Unidos.

“Cundila”, por lo poco que conozco, parece ser una pieza clave de la literatura producida en Costa Rica entre 1880 y 1914, dada la re-lectura que efectuó la autora de una novela ya existente, *El Moto*, y el énfasis que puso en el protagonismo femenino.

Si bien ignoro cuál es el tema específico que usted investiga, le agradecería mucho si pudiera proporcionarme una fotocopia de la novela.

*Iván Molina Jiménez*

Pienso, además, que si unimos fuerzas, podríamos conseguir que la editorial universitaria la publique en su colección “Retorno”, con una introducción escrita por los dos, la parte suya desde el punto de vista antropológico, y la mía desde una perspectiva literaria. ¿Qué le parece?

Sin otro particular, reciba un saludo muy cordial, disculpe mi exceso de confianza, y quedo a la espera de su respuesta.

Atentamente,

Dr. Froylán Figueroa

CICI

Facultad de Letras

Universidad de Costa Rica

Date: Sun, 11 Jun 2000 19:15:42 +0300 (CST)

From: Yolanda Odio <Yolanda.Odio@Rovaniemi.fi>

To: Froylan Figueroa Camino <froylanf.cariari@ucr.ac.cr.>

Subject: Cundila

Estimado Dr. Figueroa:

Mi interés en Olga Turcios es producto de un proyecto que inicié en 1997, en el Centro Iberoamericano de la Universidad de Laponia, sobre las intelectuales comunistas de América Central en el período 1920-1950. La mayoría de los estudios académicos sobre el comunismo se concentran en los partidos y en sus líderes varones, y tienden a invisibilizar el importante papel jugado por las mujeres. La influencia femenina, sin embargo, se puede detectar en todos los niveles: organización, programas, propaganda y, especialmente, en la cultura de izquierda que se forjó en esa época.

Hasta ahora, he conseguido fotocopiar alrededor de 50 folletos, de carácter social y político, escritos por esas mujeres. Unos los localicé en las bibliotecas nacionales de los distintos países del istmo, otros en The Library of Congress, y algunos, incluso, en Moscú, en los archivos del Comintern. Varias de estas intelectuales publicaron también obra literaria, sobre todo cuentos, pero de estos materiales solo he logrado acumular una

pequeña muestra, ya que la mayoría circularon únicamente en revistas y periódicos de poco tiraje y vida efímera; además, su amplia dispersión conspira contra su recopilación.

Indudablemente, Olga Turcios es una de las intelectuales de izquierda más interesantes, tanto por su origen social y la edad en que se declaró comunista (tenía casi 50 años), como por el diverso contexto cultural en que vivió. A juzgar por la tradición oral que pervive en varias comunidades de Sonsonate, ella tuvo una activa participación en el levantamiento de 1932. Según el testimonio de varios ancianos que sobrevivieron a la masacre, fue ametrallada por las tropas del gobierno en el camino que va de Izalco a Caluco, junto con varias decenas de mujeres y niños, que huían de la ofensiva emprendida por las “fuerzas del orden”.

Supuse que Olga había escrito literatura por lo que cuenta el doctor Federico Giralt en el prólogo de un folleto llamado *El Estado y la salud pública*; pero no supe de la existencia de “Cundila” hasta que entrevisté a doña Felicia. Al salir de su casa, me dirigí a la Universidad de Costa Rica, ya que había quedado de ir a la pizzería con mi hermana, Elena, y Javier, su novio. Después de almorzar, fotocopié el manuscrito, coloqué la copia junto con el original en mi bolso, y los tres nos unimos a la protesta estudiantil en contra de la privatización del ICE. Como era una actividad pacífica, no vi inconveniente en estar allí un rato y solidarizarme con un país que aún veo como mío, por lo que incluso cargué una pancarta que decía: “Diputado\$, ¿how much?”

Todavía se me dificulta mucho recordar lo que pasó luego. Fue todo tan rápido. Estábamos por la Fuente de la Hispanidad y, de pronto, detrás de una nube blanca de gas lacrimógeno, salieron los antimotines. No tuve tiempo de asimilar lo que iba a ocurrir. A Javier le abrieron la cabeza de un bastonazo, y la sangre me salpicó los anteojos. Dos segundos después, ya no los tenía porque iba camino al suelo. Sentí un profundo dolor en mi rodilla izquierda y, al volverme, vi a Elena, casi a la par mía, tendida en el asfalto. Le habían roto un brazo y con el otro se

sostenía el estómago, donde el policía, que acababa de darle una patada, se disponía a patearla otra vez. Me levanté, le grité algo y traté de golpearlo con lo que tenía a mano... no sé con qué... quizás, solo con mis puños. Entonces, fue como si se hubiera ido la luz.

Volví en mí cerca del edificio del ICE. No sé cómo llegué allí. Casi no podía ver porque tenía los ojos muy irritados por los gases, y me costaba respirar todavía. Parecía que mi cabeza iba a estallar y, al pasarme la mano por el pelo, sentí ese calor tibio de la sangre fresca. Lo poco que quedaba de mi blusa estaba empapado en vómito y, en ese momento, al tratar de levantarme, sentí una punzada aguda en una de mis piernas y desistí. Pensé en usar mi celular, y me percaté de que mi cartera, mi bolso, mi reloj, mi pulsera y uno de mis zapatos habían desaparecido. Antes de desmayarme otra vez, vislumbé a alguien de la Cruz Roja que se aproximaba y escuché, a lo lejos, el sonido de una sirena.

Desperté en el Calderón Guardia, y me sentí mejor, aunque muy débil. Casi no me dolía la cabeza, tenía vendada una de mis rodillas, y en vez de la blusa desgarrada, me cubría una bata blanca. Entre las muchas voces que iban y venían alrededor mío, oí una que me pareció familiar. Era la de mi mamá. Se inclinó con cuidado, me besó y, con lágrimas contenidas, me dijo que a Elena la acababan de operar y estaba delicada, aunque ya fuera de peligro... Perdone, pero todavía no supero lo que pasó... Y lloro más de rabia que de dolor... Trataré de escribirle más tarde.

Yolanda Odio  
Iberoamerikkalainen keskus  
PL 179 (Pelasukarttu 45 C)  
000243 Lapin yliopisto

## CRÉDITOS

**L**os personajes, experiencias instituciones y eventos descritos en este libro son ficticios o utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, situaciones y acontecimientos reales es pura coincidencia. Sin embargo, agradezco con satisfacción la inspiración brindada por los libros de Álvaro Quesada (*La formación de la narrativa nacional-costarricense y La voz desgarrada*), Gerardo Morales (*Cultura oligárquica y nueva intelectualidad*) y Rogelio Sotela (*Valores literarios de Costa Rica*) para la reconstrucción del universo intelectual de inicios del siglo XX.

La figura del doctor Federico Giralt es deudora, sin duda, de las originales investigaciones de Steven Palmer sobre la historia de la medicina costarricense, cuya versión definitiva circulará próximamente bajo el título. *From Popular Medicine to Medical Populism: Doctors and Healers in Costa Rica, 1800-1940*. El volante “Contra la tiranía” es una versión libre de una acusación de José Ricardo Casorla contra el régimen de Tomás Guardia, fechada en 1876, y de varios documentos que denuncian la “imposición de don Cleto” en 1906, un tema apropiadamente analizado por Orlando Salazar (*El apogeo de la república liberal en Costa Rica*). Y la casa de Felicia López se parece a varias de las que estudia Florencia Quesada (*En el barrio Amón. Arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la elite urbana de San José: 1900-1935*).

El personal de la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso no utiliza —que yo sepa— lapiceros adornados con el sombrero de Sandino (aclaro esto para tranquilizar a la CIA y al FBI), pero sí atiende con especial esmero, y en español, a sus visitantes, y mi persona no fue la excepción (a diferencia de lo que afirma Froylán Figueroa, sí puse un “jodido pie en Washington”). A su vez, la doctora Elina Vuola, del Centro Iberoamericano de la Universidad de Helsinki, sin saberlo ella ni proponérmelo yo, me ofreció los datos indispensables para comparar a Olga con Sor Juana Inés de la Cruz e introducir una “conexión finlandesa” en esta novela.

La información sobre los amores campesinos y el peso de las mujeres josefinas como cabezas de familia proceden de un libro de Eugenia Rodríguez (*Hijas, novias y esposas*) y de una Memoria de Licenciatura en Historia (“Pobreza urbana en San José”) defendida en la Universidad de Costa Rica por William Elizondo, César Briceño, Javier Rodríguez y María Auxiliadora Benavides. Los datos sobre Masferrer, Martí y la masacre de 1932 en El Salvador provienen de los libros de Patricia Alvarenga (*Cultura y ética de la violencia*) y Jorge Arias (*Farabundo Martí*).

Las principales fuentes en que me basé, sin embargo, fueron los once tomos del *Índice bibliográfico de Costa Rica*, de Luis Dobles Segreda y, por supuesto, *El moto*, de Joaquín García Monge. *Cundila* es, en un sentido decisivo, expresión de mi admiración crítica por esas dos obras, y un intento por releerlas desde las luchas, preocupaciones y desafíos que dominan el inicio del siglo XXI.

**Froylán Figueroa, un estudioso de la literatura, descubre por casualidad que podría existir una segunda parte de una célebre novela costarricense, publicada en 1900. La investigación que emprende para localizar ese manuscrito, pronto lo conducirá a territorios inexplorados y peligrosos de la historia y la cultura centroamericanas del siglo XX.**



**Iván Molina Jiménez es un historiador costarricense. Esta es la primera novela que publica.**